

Stephan Scheuzger*

De cambios y continuidades en la mayor de las Antillas: libros recientes sobre Cuba

“Cuba *does matter*”. El énfasis puede explicarse solamente por la significación política de la afirmación: Geraldine Lievesley se refiere en la introducción a su libro sobre la Revolución Cubana (Lievesley 2004: 2) a la isla como lugar de un desarrollo político, social y económico que en su diferencia mantiene hasta en la actualidad una relevancia histórica. Por lo demás, el persistente interés académico sobre Cuba no necesita corroboración. La isla caribeña es probablemente el país latinoamericano sobre el cual, comparado con el número de sus habitantes, más se ha publicado en los últimos años. Después de haber pasado la coyuntura histórica, que proporcionó el centenario del “98”¹, los focos de atención se centran ahora sobre todo en la actual etapa de la historia cubana, en los procesos que han experimentado Estado y sociedad cubanos en el nuevo aislamiento como país socialista en la década y media desde la desaparición del llamado bloque oriental. Bien es verdad que el régimen castrista ha mostrado una capacidad de supervivencia sorprendente para muchos. Pero pese a la aparente estabilidad del poder estatal que ha desmentido las numerosas predicciones de drásticas rupturas políticas de principios de los años noventa, los marcados cambios que la nación ha vivido en la adaptación a los nuevos contextos internacionales, como también la avanzada edad del *máximo líder* de los destinos cubanos (nacido en 1926), han contribuido a la constancia del interés en la mayor de las Antillas. Este enfoque dominante entre las publicaciones académicas dedicadas a Cuba se manifiesta también en los libros a reseñar en las páginas siguientes. De una colección de diecisiete títulos recientes sobre Cuba, la gran mayoría de las obras se ocupa de las transformaciones que la isla ha atravesado en los años noventa, varios de los autores analizan incluso las posibilidades de una transición del sistema político-eco-

* *Stephan Scheuzger es actualmente Oberassistent en el Instituto de Historia del Instituto Politécnico Federal de Suiza en Zúrich, Suiza. Se doctoró con el estudio El otro en el imaginario ideológico. La izquierda y la cuestión indígena en México que está por publicarse. Ha publicado varios artículos sobre temas relacionados con las izquierdas, los procesos de identidad, la pobreza o los movimientos étnicos en América Latina.*

¹ Discusiones de la historiografía reciente sobre la guerra que trajo el fin del dominio español colonial en Cuba, se pueden encontrar entre otras en Consuelo Naranjo Orovio/José Opatrný: “Estudios cubanos a fines del milenio”. En: José Opatrný/Consuelo Naranjo Orovio (coords.): *Visitando la Isla. Temas de Historia de Cuba*. Madrid/Frankfurt/M.: Iberoamericana/Vervuert, (Cuadernos de Historia Latinoamericana, 9) 2002, pp. 9-26; Elena Hernández Sandoica: “La historiografía más reciente sobre el ‘98’”. En: *Iberoamericana*, II, 5, 2002, pp. 213–222.

nómico. La continuidad del interés por Cuba de científicos sociales, historiadores o científicos literarios se refleja también en el hecho de que siete de las publicaciones aquí reunidas se han derivado de tesis doctorales (seis presentadas en universidades alemanas).

La fase voluntarista en la construcción de una nueva sociedad cubana, cuya encarnación había sido el “hombre nuevo”, terminó en 1970 con el fracaso de la “Gran Zafra”, la cosecha planeada de diez millones de toneladas de azúcar. El régimen cubano abrió el camino hacia un mayor acercamiento a la Unión Soviética. El apaciguamiento de la efervescencia revolucionaria, los alineamientos culturales e intelectuales caracterizaron la “década gris” de los setenta. Gracias a los subsidios proporcionados por el comercio con la Unión Soviética y los países del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME), los créditos blandos y la ayuda técnica, los años setenta y ochenta al mismo tiempo se caracterizaron por un desarrollo económico favorable que permitió, por ejemplo, la consolidación de los sistemas de salud y de educación, sobresalientes en América Latina. Mientras que, en el ámbito político, Cuba mostró siempre más rasgos de un socialismo de Estado (una nueva Constitución socialista entró en vigor en 1976), el régimen siguió en la economía un curso más pragmático de tímidas aperturas hacia el mercado. En 1986, finalmente, se consumó el viraje. Dando una negativa a todas las aspiraciones de reformas en Cuba en vista de *perestroika* y *glasnost* en la URSS, Fidel Castro proclamó la “rectificación”. La política económica se apartó de los mecanismos de mercado, Castro criticó lo que llamó desviaciones capitalistas de los años anteriores y siempre más explícitamente también la política de Mijail Gorbachov en la Unión Soviética. Con el proceso contra el general Arnaldo Ochoa que terminó con la ejecución del héroe militar y de tres de sus colaboradores en 1989, el máximo líder emitió una clara señal de aviso a grupos disidentes y desleales.

El desmoronamiento de los Estados del socialismo real existente en Europa del Este y en la Unión Soviética afectó profundamente a Cuba. En agosto de 1990, Fidel Castro anunció el “período especial en tiempos de paz”. La contracción que sufrió la economía cubana en los años siguientes a la pérdida de las relaciones comerciales privilegiadas con los Estados socialistas, fue comparable solamente con la de la gran depresión. El régimen, amenazado por la crisis en su existencia, se vio obligado a tomar medidas extraordinarias para proteger a la población de los graves problemas de abastecimiento, para detener el rápido declive de la economía y para lograr una parcial recuperación. Las reformas más importantes se introdujeron en 1993 y 1994: la legalización de la posesión del dólar, la autorización de tipos específicos de trabajos por cuenta propia a escala de mini-empresas como los *paladares* o el servicio de taxi, la transformación de granjas estatales en Unidades Básicas de Producción Cooperativa, concesiones de pequeñas parcelas a familias, el restablecimiento de los mercados libres agropecuarios (que habían sido cerrados durante la campaña de la “rectificación”).

La flexibilización de las condiciones de la inversión extranjera favoreció en particular un auge marcado en el sector turístico que experimentó en los años noventa un verdadero *boom*. En agosto de 1994 el régimen enfrentó por primera vez manifestaciones públicas y tumultos en las calles de La Habana; una de las reacciones fue que las autoridades dejaron por unas semanas a miles de “balseros” abandonar la isla. En marzo de 1996 terminó el corto período de liberalización que había logrado dar vuelta a la caída económica y había iniciado a partir de 1994 un proceso de recuperación. En un discurso de ese mes, Raúl Castro no sólo criticó las repercusiones sociales de las reformas econó-

micas. Su censura del renombrado Centro de Estudios sobre América, cuyos científicos se habían aventurado a presentar reflexiones sobre la política económica del país más allá de los espacios previstos por la doctrina gubernamental, anunció una contención ideológica de las posiciones reformistas dentro y fuera de la cúpula del poder estatal. Los sentimientos antimercantiles se adueñaron de nuevo de la política económica, el estancamiento de las reformas desaceleró la recuperación económica.

Una consecuencia jurídico-penal del renovado endurecimiento político fue la promulgación de la “Ley de Protección de la Independencia Nacional y la Economía de Cuba” en febrero de 1999. Estableció sanciones sumamente severas por delitos como la colaboración con medios extranjeros, la posesión de material “subversivo” o la perturbación del orden público. La ley fue presentada especialmente como medida en contra de la Ley Helms-Burton (Cuban Liberty and Democratic Solidarity Act) con la cual los Estados Unidos habían tratado en 1996 después del Cuban Democracy Act (1992; también conocido como Ley Torricelli) de aumentar la presión en contra del régimen de Fidel Castro, exterritorializando su política de embargo². En 2002 el Proyecto Varela, dirigido por el líder del Movimiento Cristiano de Liberación Oswaldo Payá Sardiñas, recogió más de 11.000 firmas de ciudadanos cubanos que solicitaron un referéndum sobre la libertad de expresión, la celebración de elecciones, una amnistía para presos políticos y la autorización de pequeños negocios. La Asamblea Nacional del Poder Popular (investida con los poderes legislativos en Cuba) rechazó la petición y a su vez decidió inscribir en la Constitución el carácter “irrevocable” del socialismo y del sistema político y social revolucionario en Cuba. En marzo y abril del año siguiente fueron aprehendidos y condenados a draconianas penas de cárcel 75 disidentes.

Un contexto del inquebrantable interés académico sobre Cuba es, sin duda, la coyuntura de estudios dedicados a la investigación de procesos de transición de regímenes autoritarios a la democracia, sin una sustitución del sistema económico (el caso de las dictaduras en la Europa meridional y en Sudamérica) o con ella (el caso de los países este-europeos y de la ex Unión Soviética). Los cambios que la sociedad cubana ha experimentado desde inicios de los años noventa, han dejado huellas. Su profundidad es tan poco discutible como su condición original de concesiones de la dirigencia castrista a las circunstancias cambiadas, es decir, el carácter conservador de las intenciones políticas que los han posibilitado. Declarar las transformaciones económicas y sociales en Cuba como parte de una transición –término que implica el cambio del sistema político, no sólo un cambio de gobierno– o negarles esta cualidad parece todavía demasiado especulativo para analizarlas en el marco teórico y metodológico de los estudios de transición. No sólo la capacidad de supervivencia que el régimen castrista ha demostrado hasta ahora, debería ser motivo de una actitud cautelosa respecto a una inscripción de los procesos contemporáneos en Cuba en una teleología de transición. Las transformaciones desde los años noventa constituirán indudablemente los fundamentos de los futuros desa-

² La medida central de la Ley Torricelli prohíbe a subsidiarias de compañías de Estados Unidos en otros países que mantengan relaciones comerciales con Cuba. Con la Ley Helms-Burton, los Estados Unidos han tratado de prescribir las normas de una futura transición hacia la democracia en Cuba y han autorizado a sus ciudadanos y empresas demandar ante cortes nacionales a firmas de otros países que invierten en Cuba y adquieren propiedad antaño estadounidense.

rollos políticos en Cuba. Es bien posible que en un mundo cambiante los efectos de la política de la dirigencia cubana para amortiguar la crisis existencial que ha enfrentado, no sean los deseados por ella, y tampoco los previstos por los analistas. Puede ser que las transformaciones recientes en Cuba formen parte de un más o menos exitoso proceso de adaptación del sistema político reinante, puede ser que representen los antecedentes de una transición que iniciará en un futuro indefinido, puede ser que pertenezcan ya a una transición que todavía no se discierne como tal. No se deja entrever un beneficio analítico en la aplicación de la categoría de la transición antes de que se sepa que los cambios en la sociedad y en el sistema político desembocan en un orden democrático.

La reseña presenta libros recientes sobre Cuba. Más allá de la compartida entidad geográfico-histórica básica, el Estado nacional cubano, el cuadro de las publicaciones está dominado por la diversidad de las disciplinas representadas, de los temas, de los períodos de investigación, de las pretensiones e intereses, de los métodos. La lista de los títulos no puede reclamar representatividad para los estudios cubanos actuales, pero probablemente sí es significativa respecto a algunos enfoques y discusiones. A pesar de la variedad y aparte de las diferentes relaciones que se dejan establecer entre las distintas publicaciones, sin embargo, parece palpable un nexo común entre los textos, reflejo de la historia cubana en los últimos más de cien años: una preocupación –marcada en su inmediatez– por las continuidades y los cambios en la isla antillana.

Una cronología de la historia cubana desde el “descubrimiento” (Fornés-Bonvía Dolz 2003, p. 13) de la isla el 27 de octubre de 1492 hasta finales del año 2002 presenta Leopoldo Fornés-Bonvía Dolz con su libro *Cuba Cronología. Cinco siglos de historia, política y cultura*. Se trata de una publicación desde el exilio (español³) y se da a conocer como tal. La conciencia histórica que guía la labor enciclopédica del autor, se nutre del deseo de coleccionar datos contra el olvido y contra la tergiversación de los hechos, perpetrados incluso por el “régimen totalitario” en el poder en Cuba desde 1959 (Fornés-Bonvía Dolz 2003, p. 12). El problema fundamental de cualquier cronología, la selección de los datos, tiene que agudizarse bajo tales premisas todavía más. En realidad, se trata de una cronología disidente, lo que significa, por un lado, la inclusión de eventos en *Cuba Cronología* que bajo la óptica de la historiografía oficial (en el caso cubano este término tiene sentido) probablemente no habrían entrado en la tabla. Por otro lado, el lector puede extrañar relevantes informaciones respecto al régimen, por ejemplo, datos acerca del personal en los importantes organismos del estado. Por ejemplo de Ricardo Alarcón de Quesada –de quien se reseñará un libro más adelante– se llega a saber cuándo criticó como ministro de Relaciones Exteriores a su homólogo español, pero no la fecha de la toma de posesión de este cargo; se proporciona la información sobre el día en que se enfrentó como presidente de la Asamblea Nacional en un debate televisivo en CBS con Jorge Mas Canosa, presidente de la Fundación Cubano-Americana, pero falta el dato de cuándo fue elegido en esta posición política tan importante, a la cual logró imprimir un marcado perfil en los procesos de transformación en los años noventa.

De las alrededor de trescientas páginas del libro, los cuatro primeros siglos ocupan una tercera parte; el siglo XX, las demás. El eje de la cronología constituye la sucesión de eventos políticos, complementada con entradas sobre acontecimientos culturales (arqui-

³ La publicación se realizó con la ayuda de la Fundación Hispano Cubana.

itectura, filosofía, ciencias, literatura, música, etc., marcadas con abreviaturas respectivas) y con datos de registros censales. Los relativamente pocos datos económicos no están, desafortunadamente, señalados como tales. Como “libro de lectura”, *Cuba Cronología* se presta todavía menos que muchas otras publicaciones del género. La pretensión, sin embargo, parece existir, ¿o por cuál otra razón que por la intención de ofrecer un texto en el cual el público puede informarse no sólo sobre las *fechas* de ciertos acontecimientos en la historia cubana sino también formarse una idea sobre ciertos *espacios de tiempo* en la historia cubana, siguiendo los acontecimientos que tuvieron lugar en ellos, se incluye un dato contextual como la elección democrática de Lech Walesa a la presidencia de Polonia? El libro dista demasiado de una colección suficientemente sistemática de sus datos, le faltan rigidez y objetividad suficientes en los criterios de selección para poder brindar una narrativa instructiva. Pese a su *plot* que sí tiene y que queda perceptible en su carácter politizado, *Cuba Cronología* carece de coherencia para poder leerse con provecho por secciones. Más crítico, sin embargo, parece que el libro tampoco reúne las cualidades necesarias de una lograda obra de consulta. Al problema de la selección de los datos se suma el de un acceso muy restringido a los mismos. El libro cuenta solamente con un índice onomástico para la búsqueda de fechas. Conocimientos previos más o menos sólidos de la historia cubana son imprescindibles para poder hacer uso de esta cronología.

La identidad cubana

Con la Revolución en 1959 y su subsiguiente confesión como socialista en 1961, el nacionalismo como una fuerza motriz en la historia cubana había entrado en una nueva fase, resignificándose a lo largo de los años en su relación con el marxismo-leninismo oficializado como fundamento filosófico-ideológico del estado y con el internacionalismo marcado del régimen. La importancia continua del nacionalismo en Cuba después de 1959 que se puede explicar también por su función como uno de los substitutos existenciales de la democracia, constituía también la condición previa para la evidente inflamación de la retórica nacionalista por el gobierno cubano en los años noventa tras la pérdida del marxismo-leninismo de su respaldo político y de su principal modelo real existente. En el nacionalismo como un fenómeno de *longue durée* se entretrejan a través del tiempo símbolos, mitos, ideas, costumbres, narraciones para lograr su convención, asegurando su persistencia mediante su capacidad de ser permanentemente reinterpretadas y transformadas. El lugar más prominente del ‘otro’, enfrente del cual y con el cual los cubanos formaban y negociaban su identidad nacional, lo han ocupado, desde luego, los Estados Unidos. Momentos claves en esta relación que se grabaron profundamente en el imaginario nacional cubano –también por la periódica movilización de su memoria por el nacionalismo–, los representaron las intervenciones de los Estados Unidos en Cuba durante la Primera República, sancionadas por la Enmienda Platt, prescripción constitucional del derecho de la gran potencia de intervenir en la política interior cubana y símbolo histórico de la soberanía mutilada de la joven nación.

En su libro *La nación cubana y Estados Unidos. Un estudio del discurso periodístico (1906-1921)*, derivado de una tesis doctoral en Lingüística Hispánica presentada en El Colegio de México en 1998, Irene Fonte se dedica a la representación de la identidad

nacional cubana en las tres coyunturas históricas de las intervenciones militares estadounidenses en septiembre de 1906 (provocada por el presidente Tomás Estrada Palma quien enfrentaba una sublevación del opositor Partido Liberal) y en febrero de 1917 (con motivo de otra revuelta de los liberales –la “revolución de febrero”– quienes trataron de conseguir la rotación en el poder por la fuerza de las armas) así como la llegada de Enoch Crowder a La Habana, representante personal del presidente Woodrow Wilson con amplias facultades en enero de 1921, tiempo de reiteradas controversias electorales⁴.

El estudio es un análisis de discursos, su corpus extenso lo constituyen textos publicados durante las semanas de las intervenciones en dos grandes periódicos cubanos, el *Diario de la Marina* y *La Lucha*. El análisis de discurso, incluso en los autores, sobre los cuales Fonte basa su metodología –entre ellos Robert Hodge y Gunther Kress, Teresa Carbó, Teun van Dijk o Roger Fowler–, se caracteriza por una comprensión esencialmente histórica del lenguaje. En el estudio del lenguaje en su dimensión comunicativa, la contextualización, la historización de los discursos analizados es parte de los fundamentos metodológicos de esta rama de la lingüística, una tarea con la cual la autora cumple de manera convincente. Fonte concibe el “discurso periodístico como lugar de habla de los principales actores políticos” (Fonte 2002, p. 37), tanto de miembros del gobierno estadounidense, como del gobierno y de la oposición cubanos, aparte de otros actores que no tenían una posición política institucional. Como categoría especial entre los enunciadores, la autora maneja los periódicos mismos.

En un nivel de análisis más general, en el cual examina los discursos bajo categorías organizativas –como los diferentes grupos de enunciadores o los diversos tipos de discurso–, el estudio esboza un mapa de poder, evidenciando un desplazamiento del dominio político en el discurso público a lo largo de las tres coyunturas: del gobierno estadounidense en 1906 por el gobierno cubano en 1917 a la oposición y otros actores, como el naciente movimiento estudiantil, en 1921. En el segundo nivel de análisis propiamente lingüístico –el análisis de la estructura gramatical y léxica de los enunciados como de sus aspectos pragmático-discursivos– el trabajo logra mostrar una serie de constantes como la victimación de la nación en un sistema metafórico, la construcción de “una versión doliente de nación que expresaba la frustración del ideal independista cercano en el tiempo” (Fonte 2002, p. 245). Como culpables de la situación desoladora de la nación aparecían en esta representación los mismos cubanos. Al lado de la tendencia de autohumillación creciente con las repetidas intervenciones estadounidenses se constituía también una línea discursiva que se arrimaba a una visión positiva de la nación cubana, sosteniéndose en el ideal no alcanzado y en el recuerdo de un pasado heroico que nutrían las posturas de resistencia. Además de estas representaciones de la nación que surgían en medio de las relaciones cambiantes entre los diferentes actores políticos, el estudio detecta una tercera estrategia discursiva, practicada por casi todos los grupos de enunciadores: la negación de la intervención para afirmar la existencia de la república. Cabe añadir que la lectura del libro de Irene Fonte vale la pena no solamente para lingüistas, sino también para historiadores. Al interesado en la formación y representación de identidades, el aná-

⁴ Crowder iba a quedarse en Cuba durante todo el periodo presidencial de Alfredo Zayas, quien tomó posesión de la presidencia en mayo de 1921. Ejerció una influencia marcada sobre las funciones de cargo de Zayas, incluso en el área de la política financiera.

lisis de discurso ofrece la oportunidad de un acercamiento –entendible también para el no experto en el área de la lingüística– a la materia prima de los procesos de significación: al lenguaje.

El estudio *El lagarto en busca de una identidad. Cuba: identidad nacional y mestizaje* de Cécile Leclercq (igualmente proveniente de una tesis doctoral, ésta presentada en la Universidad Libre de Berlín) pone la mira en la identidad cubana bajo un ángulo sumamente diferente. Leclercq en realidad no se propone menos que la elaboración de una visión integral de la cubanidad. En base a una comprensión de la identidad como fenómeno relacional, situacional, instrumental y, por ende, dinámico, tal planteamiento no puede acabar en otro proyecto que en una historia de las construcciones de la identidad nacional cubana, desde sus primeras expresiones hasta sus contornos actuales. La conexión de literatura y ciencia social prometida por el estudio en su propuesta interdisciplinaria, se refiere más al objeto de la investigación, al acervo de las fuentes utilizadas, que a los métodos empleados en el examen de los textos en torno a la idea de la cubanidad. En el campo entre realidad y ficción, entre historia y mitología, terreno de la reflexión sobre la identidad nacional, las distinciones de los géneros literarios se borran con facilidad.

Leclercq se dedica a las construcciones identitarias a través del “género flexible” y amplio del ensayo cultural (Leclercq 2004, p. 24), en América Latina espacio de confluencia del pensamiento social, cultural, económico y político. Las autoridades máximas en cuestión de la identidad nacional cubana –José Martí y Fernando Ortiz– son también las más consultadas por la autora, y con la aspiración de escribir una historia extensa de las visiones de la cubanidad corresponde asimismo la prominencia de las referencias a autores como José Antonio Saco, Alejo Carpentier o Nicolás Guillén. Sin embargo, Leclercq integra en su estudio también voces menos notorias en la isla, como las de escritores contemporáneos no publicados en Cuba. Aun así, la producción de identidad nacional que *El lagarto en busca de una identidad* enfoca es, en un sentido no muy amplio del término, de procedencia literaria. El libro trata la cubanidad propuesta, cuestionada y (re)producida en las visiones de los intelectuales.

En su propósito de interdisciplinaria (Leclercq 2004, pp. 22-24), la autora parte de la ciencia literaria, lo que tiene como consecuencia una separación implícita entre la “alta cultura” y la “cultura popular”. Las participaciones, por ejemplo, del cine, de la música, de los deportes o del turismo en la constitución de la cubanidad no entran en la perspectiva de la obra (es significativo en este sentido que la obra central *On Becoming Cuban* de Louis A. Pérez ni se menciona en el libro⁵). De la dedicación exclusiva a textos de la “cresta literaria” no se deja deducir, sin lugar a dudas, un reproche, dada la magnitud de la tarea que el estudio aun así enfrenta. Considerando el énfasis con el cual la autora realza el carácter multifacético del fenómeno de la identidad y por ende la necesidad de estudiarlo con un método interdisciplinario, esta precisión del alcance del estudio, sin embargo, habría sido adecuada.

La voluminosa obra cuenta con dos amplios capítulos introductorios. El primero presenta en un cuadro histórico las causas y circunstancias del nacimiento de la nación

⁵ Louis A. Pérez Jr.: *On Becoming Cuban. Identity, Nationality, and Culture*. Chapel Hill: University of North Carolina Press 1999.

cubana, mientras el segundo perfila la noción de la identidad, localizando el caso de la identidad cubana en la particularidad de la intersección entre los discursos de identidad latinoamericano y caribeño. A continuación, el análisis diacrónico de la cubanidad se divide en tres partes, dedicadas a tres aspectos de la diferenciación identitaria, colocados en una sucesión histórica de su relevancia: la identidad territorial, la identidad histórica y la identidad social. Las representaciones del medio natural cubano han sido elementos constitutivos de primer orden de la identidad nacional. La ubicación espacial (incluso respecto a la potencia colonial, más tarde al “vecino formidable” [José Martí] y a la Unión Soviética; Leclercq 2004, p. 157), por supuesto la situación insular y la naturaleza (referencia fundamental del tropicalismo) han servido en su descripción o exaltación desde temprano a una “voluntad diferenciadora” (Leclercq 2004, p. 233). La historia se bosqueja como materia prima y como lugar de producción de la identidad nacional desde la entrada de Cuba en la historia occidental en 1492 hasta el régimen de Fidel Castro. Finalmente, el capítulo sobre la identidad social abarca temas como el criollismo, la exclusión y la integración del negro en la nación imaginada, la idea del mestizaje.

Leclercq presenta un libro que impresiona por la amplitud en el tratamiento de su tema. En un estudio de tales aspiraciones globalizantes que se propone abarcar en un espacio de tiempo tan extenso las reflexiones relevantes acerca de una preocupación primordial de la *intelligentsia* como la identidad nacional, que intenta presentar un abanico de aspectos del fenómeno lo más amplio posible, resulta casi inevitable que no todas las conclusiones e interpretaciones convengan de igual manera. El mérito del trabajo de Leclercq consiste, sin que tenga ambiciones enciclopédicas, en esta variedad de su fenomenología, en el gran espectro de las visiones exhibidas. La autora escribe en contra de comprensiones totalizantes de la identidad nacional y de propuestas homogeneizadoras de la nación, oriundas de manera prominente en la idea tradicional del mestizaje. Esta propuesta que resulta ser finalmente una de deconstrucción –Leclercq dirige incluso una crítica explícita a un gobierno cubano que a través del aparato científico controlado por él todavía se ejercita, según la autora, en la defensa de tales posiciones en contra de las impugnaciones posmodernas–, sin embargo, no es el aliado natural de un proyecto de una historia de la cubanidad en términos tan generales. No le hace falta al libro una narración continua. Pero un planteamiento más específico, una orientación más concreta del instrumental analítico quizá habría podido contribuir a producir comprensiones todavía más diferenciadas en los procesos de la negociación de la identidad nacional –inevitablemente a costa de la amplitud de la presentación–, a historizar todavía más el análisis de la cubanidad entre predisposiciones ideológicas, tesauros culturales, intereses políticos y circunstancias coyunturales, a profundizar la comprensión por la inestabilidad de las significaciones fundadoras de identidad. No obstante, *El lagarto en busca de una identidad* es un libro que ha de tener en cuenta quien esté interesado en el tema de la cubanidad y del nacionalismo cubano.

Más específicamente al tema del discurso del mestizaje en la literatura cubana se dedica el libro *Solventando las diferencias. La ideología del mestizaje en Cuba* de Luis Duno Gottberg. También Duno Gottberg señala a los literatos latinoamericanos como actores primordiales en y no solamente testigos de la búsqueda por las identidades nacionales o continentales (lo que en realidad no representa una peculiaridad latinoamericana, habría que añadir, si el atributo geográfico pretende calidad de distinción), haciendo referencia a la muy citada obsesión de los intelectuales del subcontinente por cuestiones

identitarias. La idea del mestizaje, según el autor, “representa sobre todo una instancia discursiva del poder letrado que genera [...] imaginarios sosegantes” (Duno Gottberg 2003, p. 17). De tal inscripción en un contexto de poder, Duno Gottberg deriva, hay que suponer, la calificación de la idea del mestizaje como ideología que incluso entró en el título de la obra. Sin embargo, en ninguna parte se aclara esta categorización que por lo menos requeriría una discusión. A trechos, al lector le resulta difícil sustraerse a la impresión de una cierta insuficiencia de precisión en el manejo del autor, evidentemente familiarizado con los discursos actuales de las ciencias culturales en el campo de los estudios de identidades, de algunas categorías centrales.

Así, por ejemplo, en la introducción al libro la idea del mestizaje aparece no sólo como ideología sino también como tradición inventada y como parte del dominio del sentido común (de la *doxa* en el sentido de Pierre Bourdieu). La contradicción con la imagen de sociedades latinoamericanas inocentes del racismo por su condición mestiza –imagen mantenida en América Latina por demasiado tiempo, particularmente en el afán de delimitación frente a los Estados Unidos–, representa un consenso académico. La dimensión racista en la propuesta asimiladora del mestizaje ha sido puesta de relieve extensamente en las décadas pasadas. La idea del mestizaje, sin embargo, ha recorrido una serie de resignificaciones en su trayectoria. En el deseo constante de eliminar diferencias –“raciales”, “étnicas” o culturales–, los objetivos a alcanzar respecto a la idea normativa de la sociedad cambiaban de manera significativa. A lo largo del tiempo, las élites letradas pensaban el mestizo siempre menos como agente del ‘blanqueamiento’ de las sociedades latinoamericanas y de la extinción de las herencias culturales no europeas. Desde fines del siglo XIX el ser mestizo reconocía siempre más claramente a ambos progenitores. Estos desplazamientos en la significación del mestizaje no solamente “se han querido ver”, como imputa Duno Gottberg (2003, p. 23), y tampoco terminaron con el concepto de la “raza cósmica” de José Vasconcelos en los años veinte (parece conveniente indicar, además, que la versión vasconcelista de la idea del mestizaje de ninguna manera era la única de importancia en su época).

Las reinterpretaciones del mestizaje que se impusieron en los años treinta y cuarenta en América Latina, habrían sido de relevancia para el estudio, cuyo período de investigación abarca, a grandes rasgos, el tiempo entre 1840 y 1959. Dentro de este marco, el libro se divide en tres partes. La primera –“Negociando la cubanidad en vísperas de la independencia”– se dedica primero a la idea del mestizaje como solución a la contradicción entre el temor de una africanización del país y los intereses abolicionistas en el discurso antiesclavista cubano de 1840 a 1860. El proyecto de integración en la sociedad cubana a crear aspiraba a borrar la especificidad “racial” de la población negra o hasta a “blanquear” la cubanidad. Los autores revisados en este contexto son Domingo del Monte, Gertrudis Gómez de Avellaneda y José Antonio Saco (“Solventar la trata de esclavos es aquí [en Saco] disolver la presencia africana”; Duno Gottberg 2003, p. 43). Después de un análisis breve de la lectura decimonónica de *Espejo de Paciencia*⁶, texto escrito a principios del siglo XVII y redescubierto en la primera mitad del XIX, la presentación avanza a la interpretación del discurso martiano del mestizaje: “Cabe proponer entonces que la celebración de la identidad mestiza y la negación del concepto de raza

⁶ Silvestre de Balboa Troya y Quesada: *Espejo de Paciencia*, 1608.

responden de manera estratégica –y no por ello menos auténtica y comprometida– al reordenamiento de la sociedad cubana en función del proyecto independentista” (Duno Gottberg 2003: 58, 59); la propagación del mestizaje por Martí se basaba en una intención conciliadora en el sentido pragmático de lograr un frente común en la lucha por la independencia nacional.

La segunda parte –“Negociando la cubanidad durante la fundación de la República”– esboza las posturas que enfrentaba la población afro cubana en la fase republicana inicial bajo la Enmienda Platt (y constata una confluencia del racismo norteamericano y del cubano), aborda la creación del Partido Independiente de Color, su sublevación y brutal represión en 1912, así como las interpretaciones en torno de esos sucesos en la literatura académica actual. Emilio Ballagas, Nicolás Guillén (“el vocero fundamental –o fundador– de la mulatez”; Duno Gottberg 2003, p. 96), Juan Marinello y Jorge Mañach son los autores analizados en sus reflexiones sobre la identidad cubana para los años treinta y cuarenta bajo el título “La voz de la vanguardia”. Un amplio capítulo enfoca las transformaciones y continuidades en el pensamiento de Fernando Ortiz, la autoridad indiscutible del siglo xx en materia de la identidad cubana, introductor de alegorías imperecederas (“Cuba es un ajíaco”) y conceptos claves (la cubanía, la transculturación).

La tercera parte, finalmente, –“Estetizar la diferencia: el mestizaje y las poéticas del neobarroco cubano”– examina textos de Alejo Carpentier, José Lezama Lima y Severo Sarduy en el cuadro de un barroco reactualizado también como concepto identitario, ideado a concebir la conformación heterogénea de las culturas latinoamericanas en general y de la cubana en especial. Solamente en lo barroco de Sarduy, Duno Gottwald reconoce, al final, una fuerza subversiva frente a las visiones sintéticas de lo nacional. Donde Sarduy –al contrario de Carpentier y de Lezama Lima– se acomoda en la inestabilidad de las identidades, declara la cubanidad como una superposición de culturas en lugar de una síntesis cultural y revela en su lenguaje las fracturas de esta identidad cubana, Duno Gottwald localiza el fin de la ideología del mestizaje (Duno Gottberg 2003, p. 221). No parece útil pensar el mestizaje en general como ideología. La idea del mestizaje no es una *Weltanschauung*, una concepción del mundo, raras veces se ha presentado suficientemente totalizante en su pretensión interpretativa para poder llenar la categoría de la ideología, comparable en esto, por ejemplo, con la idea antípoda de la segregación. Reflexiona relaciones intergrupales (“interraciales”, interculturales, interétnicas) y en esta función ha servido a diferentes ideologías. Tampoco pertenece a la *doxa*, dado que ésta es el dominio de lo no discutido, de lo incuestionado. El mestizaje es la idea de la eliminación de diferencia mediante la mezcla de los elementos diferentes. Esta idea ha sido debatida intensamente, porque obviamente no todos han concordado con su norma. Las intenciones con las cuales ha sido propugnada, los proyectos perseguidos con ella, han variado notablemente. Como idea de la disolución del otro en el yo, al mestizaje necesariamente estaba inmanente una ambivalencia, una movilidad. *Solventando las diferencias* es instructivo, donde muestra las diferentes significaciones del mestizaje en diferentes autores, o más preciso, en diferentes constelaciones históricas. Para esto, a veces, se desearía todavía una mayor consideración de los contextos. El libro toma tintes reduccionistas, donde muestra tendencias funcionalistas de imputar todas las reflexiones sobre el mestizaje –entendido como ideología– por su objetivo homogenizador a los mismos intereses de poder.

La Cuba revolucionaria

La historiografía cubana es rica en hagiografías de revolucionarios. No todas pertenecen a los contextos de las guerras independentistas o de la lucha contra la dictadura de Fulgencio Batista. Julio Antonio Mella, nacido en 1903 en La Habana y asesinado en 1929 en la Ciudad de México, se encuentra en la sala de los héroes nacionales en alguna parte entre José Martí, Máximo Gómez o Antonio Maceo por un lado y Camilo Cienfuegos o Ernesto “Che” Guevara por el otro. Con el “Che” no solamente compartió el destino –propicio para la transfiguración mítica– de una muerte prematura en la lucha por sus ideales, sino también la inmortalización en un retrato fotográfico vuelto parte integrante del arsenal iconográfico de las izquierdas revolucionarias latinoamericanas. Fueron su participación en varias organizaciones de la izquierda de los años veinte, su alto perfil antiimperialista y su posición como cofundador del Partido Comunista de Cuba (PCC) en 1925 por los que la historiografía revolucionaria a partir de mediados de los años sesenta inició la mitificación de Mella, quien ya en vida había sido objeto de leyendas. En la visión oficialista, Mella ha personificado la tradición comunista en la lucha antidictatorial y antiimperialista de la Revolución Cubana y ha proveído la adhesión del régimen revolucionario al marxismo-leninismo con una dimensión histórica nacional. También esta invención de una tradición ordena elementos históricos en una genealogía oportuna, entresaca, acentúa y, sobre todo, enmascara.

Presentar una imagen más completa de la vida de Mella que no allana las contradicciones, escamotea las ambivalencias y pasa por alto las rupturas, es la intención de Christine Hatzky en su libro *Julio Antonio Mella (1903–1929). Eine Biographie*. Quiere revelar “un mito políticamente motivado que sirve para la legitimación de una forma de dominio que, por su parte, reclama la verdad universal” (Hatzky 2004, p. 329). La autora divide la biografía en dos partes. La primera abarca el tiempo cubano de Mella de 1903 a 1926, muestra al carismático joven como protagonista del movimiento para la reforma universitaria, el subsiguiente “cambio del estudiante rebelde, ‘romántico’ al político revolucionario, cuyo pensamiento se basaba cada vez más en los principios ideológicos de Marx o Lenin” (Hatzky 2004, p. 121), su papel en el PCC de la fase inicial y la formación de su antiimperialismo. La represión del régimen de Gerardo Machado forzó a Mella a dejar la isla y exiliarse en México. A esa etapa en la vida del cubano se dedica la segunda parte del libro. En los tres años en el exilio, Mella se involucró en numerosas actividades políticas. En estilizaciones casi religiosas ya se veía a sí mismo como un revolucionario profesional. Mientras el PCC le había expulsado temporalmente por una violación de la disciplina del partido⁷, los comunistas mexicanos lo acogieron de inmediato. Mella ascendió en el Partido Comunista Mexicano (PCM) hasta el Comité Central. Activo en la Liga Antimperialista de las Américas y participó en el Congreso Mundial contra la Opresión Colonial y el Imperialismo en 1927 en Bruselas, en el cual se produjo también el rompimiento entre los comunistas latinoamericanos y la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) del peruano Raúl Haya de la Torre (en contra de la

⁷ Encarcelado por motivos políticos, Mella llevó a cabo en diciembre de 1925 una huelga de hambre para obtener su liberación. La espectacular acción –que tuvo éxito– no había sido autorizada por la dirigencia del partido.

cual Mella iba a escribir uno de sus textos más importantes⁸). Desde Bruselas viajó a la Unión Soviética, una experiencia que resumió después de manera muy positiva. De regreso a México, Mella fue designado secretario general interino del PCM antes de que crecientes contradicciones con las posiciones mayoritarias terminaran en el abandono del partido por el cubano.

Hatzky retrata a Mella como nacionalista latinoamericano y marxista no ortodoxo, que enlazó una herencia filosófica latinoamericana con las teorías de Marx y Lenin, sin llegar a elaborar un ideario sistemático y concluyente. Además, la autora le localiza en los orígenes de un nuevo discurso más politizado sobre José Martí en Cuba. Al asesinato de Mella, finalmente, perpetrado con alta probabilidad por los esbirros de Machado, el libro dedica amplio espacio. Christine Hatzky presenta con su biografía de Mella —originalmente una tesis de doctorado de la Universidad de Colonia, Alemania— un estudio logrado. En base de amplias pesquisas en archivos en Rusia, México, Estados Unidos y Cuba (donde el acceso a importantes fondos le fue negado) la historiadora desarrolla una narración detallada y erudita de la vida privada y de las actividades políticas de Julio Antonio Mella. Las presentaciones de los diferentes contextos, en los cuales Mella se movía, algunos expuestos en forma de excursos, convencen y muestran los sólidos conocimientos de la autora no solo de la historia de Cuba en la Primera República, sino también de la historia de la Internacional Comunista en América Latina o de la izquierda mexicana en los años veinte⁹. La publicación de Christine Hatzky sienta nuevas bases en el estudio histórico de la figura irisada de Julio Antonio Mella y proporciona materiales e interpretaciones también para la discusión más general de la izquierda latinoamericana.

También Bettina Grote parte en su libro de la pretensión de diferenciar una imagen cultivada por la historiografía oficial del régimen cubano. El mito a deconstruir en este caso es el de una “alianza fraternal entre pequeños agricultores y la Revolución” (Grote 2004: 2), la idea de una congruencia de los intereses campesinos con los objetivos de la revolución, la estilización de los campesinos como héroes y principales beneficiarios de la revolución. Desafortunadamente, la autora no se ocupa más de la representación historiográfica de las relaciones entre el campesinado y la revolución. Bien podría ser que, visto de cerca, en lugar de una imagen oficial homogénea se revele la coexistencia de distintas imágenes, móviles según el contexto argumentativo y no necesariamente compatibles entre sí. Conocida es la posición contradictoria de las izquierdas latinoamericanas situadas dentro o en las cercanías del pensamiento marxista frente a la población campesina, dada la tensión entre la desconfianza ideológica y la dependencia de los campesinos como base de una revolución social en los países del subcontinente. También Grote habla ya en las primeras páginas de contradicciones en la actitud de la dirigencia revolucionaria hacia el campesinado. Sin embargo, el interés de *Zwischen Heldenkult und Marginalisierung. Kleinbauern und Genossenschaften in Kuba 1940–1963* —que se

⁸ Julio Antonio Mella (1928): “¿Qué es el ARPA?”, en: Julio Antonio Mella (1964): *Documentos y artículos*. La Habana: Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista/Ciencias Sociales, pp. 370–403. (Mella utilizó la denominación Alianza Revolucionaria Popular Americana, por la cual el movimiento en aquella época se conocía también.)

⁹ Un pequeño error, sin embargo, se deslizó aquí en el texto: el pintor José Clemente Orozco nunca fue miembro del Partido Comunista Mexicano (Hatzky 2004, p. 232).

deriva también de una tesis doctoral de la Universidad de Hannover, Alemania—, no está en la exploración de representaciones. El libro se dedica al tema de las relaciones entre campesinos y estado (y el Movimiento 26 de Julio respectivamente) desde los años cuarenta hasta la primera mitad de los sesenta bajo una perspectiva de historia social. Después de haber contextualizado la categoría del campesino en la Cuba prerrevolucionaria—un grupo rural desatendido, según Grote, por los historiadores comparado con los trabajadores agrícolas— y señalando una variedad de situaciones sociales y de relaciones entre los pequeños agricultores y los latifundistas, las compañías azucareras, el estado o los trabajadores agrícolas, la autora presenta tres enfoques sobre su tema.

La parte A examina la política agraria del Estado cubano, primero en las dos décadas antes de la Revolución. Para la Segunda República, particularmente bajo la Constitución de 1940, la autora constata ciertos esfuerzos reformistas y modernizadores, dirigidos también a superar una estructura económica marcada por el monocultivo del azúcar. Estas medidas, sin embargo, no lograban producir más que efectos aislados (Grote 2004, pp. 40-76). Para la guerrilla del M-26-7 y para el régimen revolucionario en su fase temprana, el estudio traza una posición hacia el campesinado caracterizada sobre todo por la contradicción entre el intento de asegurarse el apoyo y la lealtad del mismo por un lado y las fundamentales divergencias de las aspiraciones a largo plazo de los campesinos y de los revolucionarios por el otro lado. Definitivamente a partir de la anunciación oficial de una política de transformación socialista en 1961, los intereses de los campesinos se encontraron en la defensiva (ya a principios de los años sesenta se inauguró el ciclo de la falta de alimentos y de duras críticas gubernamentales a los campesinos).

Realizando un trabajo básico, la parte B del libro recopila las historias de diferentes organizaciones y protestas campesinas en la era anterior a la Revolución. De las informaciones reunidas, Grote concluye que el campesinado en aquella época no solamente mostraba un grado relativamente alto de politización, sino también un espectro político más amplio que el que la historiografía cubana actual le concede. La autora profundiza este último aspecto en un excursus sobre la anarquista Asociación Libertaria de Cuba (ALC), fundada en 1944, y sobre las posiciones de los comunistas cubanos frente a los campesinos desde los inicios del PCC hasta la Revolución Cubana. La parte B termina con una presentación del papel de los campesinos en la revolución como de los acercamientos y desencuentros entre el campesinado y el régimen en los primeros años después del derrocamiento de la dictadura batistana. Respecto al segundo período, el texto se concentra en la fase inicial de la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP), constituida en 1961.

La parte C, finalmente, proporciona una vista panorámica sobre las experiencias de cooperativas campesinas antes y después de la Revolución en el campo de tensiones entre las iniciativas “desde abajo” y la intervención estatal. *Zwischen Heldenkult und Marginalisierung. Kleinbauern und Genossenschaften in Kuba 1940-1963* es sin duda una publicación para el público académico especializado. Aunque el lector a veces desearía una argumentación un poco más concisa, el libro logra hacer, en base de un sólido fundamento de fuentes¹⁰, aportaciones sustanciales a la discusión del papel del campesi-

¹⁰ Respecto a la base de fuentes del estudio véase también la reseña del libro redactada por Michael Zeuske quien ha señalado la existencia de una gran cantidad de materiales sobre el tema todavía a evaluar en los archivos cubanos: *Lateinamerika-Analysen*, 9, Octubre de 2004, p. 204.

nado en la Revolución Cubana en particular y de la cuestión campesina en América Latina en general.

A pesar de representar *per definitionem* profundas y visibles cesuras en el continuo histórico, la periodización de revoluciones no siempre es una empresa inequívoca, incluso la datación del final de una revolución resulta, con frecuencia, todo menos evidente. Geraldine Lievesley, *senior lecturer* en ciencias políticas de la Universidad Metropolitana de Manchester, Inglaterra, aclara ya en el subtítulo de su libro sobre la Revolución Cubana que concibe el proceso revolucionario en Cuba como inconcluso. *The Cuban Revolution. Past, Present and Future Perspectives* no es un libro que se unirá a las obras modelo sobre la Revolución Cubana. Tampoco es esta su aspiración, es de suponer. Una de las convicciones sustentadoras de la publicación es la idea de que los objetivos de la Revolución Cubana han sido y siguen siendo legítimos y, por ende, de que el régimen de Fidel Castro está lejos de representar un anacronismo. Así, Lievesley manifiesta que todos los puntos de vista sobre la Revolución Cubana son politizados. El argumento de una polarización predominante en el estudio científico de la Cuba contemporánea y de una ineludible politización de la historiografía sobre su pasado reciente constituye desde hace años un elemento constante en las introducciones de libros sobre Cuba –las publicaciones a reseñar en este espacio no representan excepciones de esa práctica–. La advertencia de una limitación sensible y generalizada de la objetividad científica tratándose de temas cubanos se ha vuelto un lugar común, un recurso retórico que sirve al escritor por lo regular para afirmar su credibilidad, lo verídico de su informe. Esta calidad tópica deja el lugar común principalmente abierto a diferentes argumentaciones. Geraldine Lievesley no lo emplea para anunciar una historia “cómo sucedió en realidad”, sino para colocarse explícitamente en el lado de los relatores, que simpatizan con la revolución. Sin embargo, no ha redactado un defensorio. Una segunda convicción que orienta el libro, lamenta una falta existencial del reconocimiento de la diferencia, una ausencia de debate abierto, un déficit marcado de democracia en la Cuba actual. La propuesta de la autora es abrir diferentes perspectivas sobre un proceso político, que “sigue fascinando a muchos” (Lievesley 2004, p. 1). Un problema de la publicación podría ser que para el público académico especializado estas perspectivas no abren enfoques originales, no plantean nuevas comprensiones, mientras al lector en busca de una introducción al tema de la Revolución Cubana no le ofrecen el grado necesario de sistematización, carecen –forzosamente– de las preocupaciones por una cierta integridad y organización cronológica de sus informaciones.

El capítulo “Encounters with ‘the Monster’ and Others” coloca la Revolución Cubana en sus contextos internacionales, examinando en primer lugar las relaciones con los Estados Unidos, pero también las reacciones que provocó en América Latina, la alianza con la Unión Soviética o la política tercermundista cubana. Es meritorio, sin duda, señalar la importancia de la cultura para la comprensión de la política de la Revolución Cubana. El capítulo “The Politics of National Identity”, sin embargo, presenta una versión muy superficial de un enfoque sobre la dimensión cultural de lo político en Cuba. La conexión crucial entre la identidad nacional y la política en la isla solamente se postula, pero no se estudia en sus significaciones o efectos concretos. En lugar de esto, el capítulo se contenta con arrojar algunas luces sobre aspectos de la cubanidad (a veces de manera algo arbitraria, como, por ejemplo, ilustra el párrafo sobre la música), siguiendo sobre todo la ya mencionada obra autoritativa de Louis A. Pérez Jr. “Generations of Protest”

coloca la Revolución Cubana en una tradición de movimientos sociales y revolucionarios desde las luchas independentistas, “The Revolution Matures” dibuja el proceso de la institucionalización de la revolución desde el fracaso de la “Gran Zafra” de 1970, su reorientación en la campaña de la “rectificación” de 1986 y su existencia en el “período especial” en los años noventa. En todas estas partes, la presentación se caracteriza incluso por su énfasis en el contexto internacional. La perspectiva más crítica resulta ser aquella sobre “The Cuban State and the Cuban People” que en su presentación de las relaciones entre el estado y sus ciudadanos no calla la represión sistemática de opiniones disidentes en una mentalidad de sitio. No obstante, Lievesley tasa la condición de la sociedad civil en Cuba como prometedora para una futura apertura de los espacios políticos. Evidencias de una emergente sociedad civil en Cuba existen, pero sus actores se encuentran todavía en una posición marcadamente defensiva y restringida. El optimismo de la autora —que se basa también en una interpretación sumamente problemática de las organizaciones de masa del régimen como parte de la sociedad civil— parece, por lo menos a primera vista, difícil de compartir.

En sus conclusiones, Lievesley se dedica una vez más a la situación de Cuba en los años noventa y esboza perspectivas para el país en el futuro. Subraya la necesidad de una profunda democratización y de una diversificación económica así como también la importancia de la integración de la isla en la región. Más allá de estas evaluaciones bastante generales, Lievesley, por último, añade una reflexión con potencial de irritación. Ciertamente no es la única observadora de América Latina que medita sobre la posibilidad de una revitalización de la idea revolucionaria en el subcontinente —y, por ende, de una reactualización y un nuevo atractivo del ejemplo cubano— en la medida en que crezcan las frustraciones de vastos sectores populares latinoamericanos a causa de las expectativas incumplidas por los procesos de democratización desde los años ochenta (Lievesley 2004, pp. 183, 184). Tales pronósticos son, por el momento, altamente especulativos. Pero lo que da a pensar, es que la politóloga no parece reconocer una posible nueva extensión de estrategias no democráticas en la búsqueda de cambios sociales y políticos como una amenaza suficientemente seria para el futuro de la democracia en América Latina para por lo menos indicar el peligro como tal.

Las transformaciones del sistema socialista cubano en la era del “período especial en tiempos de paz” y su situación a inicios del siglo XXI

Observando una calidad tópica en las repetidas referencias a una polarización política dominante también en la discusión científica sobre los desarrollos contemporáneos en Cuba, obviamente no se niega la persistente existencia de literatura académica, que sí se inscribe en la dicotomía ideologizada entre el *contra* del rechazo indiscriminado de la revolución, sus resultados y el gobierno de Fidel Castro, y el *pro* dispuesto a justificar también serias deficiencias democráticas y del estado de derecho como mayores fallas en la política económica y social del régimen. En la introducción a su libro *Cuba – A Revolution in Motion*, Isaac Saney también se sirve del argumento de las masivas tergiversaciones que, según él, marcan por lo común las representaciones de la realidad cubana, para situarse a sí mismo en la posición del aclarador. La verdad de Saney enfrenta nada menos que la campaña concertada de desinformación más grande a la cual un país jamás

ha sido expuesto, una campaña que pinta Cuba como el “infierno” sobre la tierra (Saney 2004, p. 5). En tal misión, el esfuerzo existencial del quehacer científico por establecer una distancia razonable y realizable entre el investigador y su objeto, el esfuerzo por la objetividad –como compromiso de la intersubjetividad– se ve cancelado para ceder lugar a la apología. Saney no solamente parte de la premisa de que la experiencia anticapitalista cubana continúa representando un modelo paradigmático y valioso para los países en vías de desarrollo, sino también obedece en su intervención a la lógica –familiar asimismo al discurso castrista– que equipara la crítica al régimen cubano con el abandono de la nación cubana a merced de los intereses imperialistas (Saney 2004: 5).

El profesor de la Dalhousie University en Halifax, Canada, presenta una perspectiva sobre la Revolución Cubana y sobre todo la situación actual en el país, que se caracteriza por la defensa incondicional de las políticas del gobierno de Fidel Castro. El marco exclusivo de significación para interpretar la reciente historia cubana le proporciona la idea de la competencia de sistemas, la antítesis entre capitalismo y anticapitalismo, la oposición del imperialismo y del antiimperialismo. Esta bidimensionalidad, adornada con el atuendo de la pugna por una sociedad humana, aplanar una compleja realidad a la epopeya de una isla de los justos en el mar caribeño, que desafía heroicamente la restante superpotencia vecina que, por su parte, está llevando a cabo desde hace más de cuatro décadas una guerra no declarada en contra de ella (por ejemplo Saney 2004, p. 174). Bajo este modo interpretativo, la responsabilidad por las anomalías en la situación social y económica cubana –si es que las anomalías se reconocen como tales– se halla únicamente en los factores exteriores adversos. Las escasas críticas al gobierno cubano se limitan a recitaciones de autocríticas ya expresadas por el régimen mismo (por ejemplo en el capítulo 3 con respecto a las insuficiencias en el combate contra el racismo en la sociedad en décadas pasadas). La visión parcial escoge cuidadosamente los fragmentos de información que proporciona, y los interpreta no siempre con la misma escrupulosidad.

Donde Saney, por ejemplo, llega en su *tour d'horizon* sobre la Revolución Cubana en el capítulo primero a la crisis de los años noventa y subraya los éxitos de la política gubernamental no sólo en poner freno al ocaso económico sino en causar un crecimiento sostenido en la isla, presenta cifras que evidencian un aumento en la construcción de casas, pero en ningún momento hace mención del inmenso déficit de vivienda que, pese a estos esfuerzos, representa probablemente el problema social más grave en la Cuba actual. De la misma manera remite a una disminución del desempleo, sosteniéndose únicamente en unos pocos datos de la estadística oficial (que señalan un declive de la tasa de desempleo del 6 % en 1998 a un 4,1 % en 2001), sin abordar, entre otros, el obviamente muy extendido fenómeno del desempleo encubierto. Saney presenta un cálculo del coste de la vida mensual para una familia cubana de 100 pesos frente a un salario promedio de 249 pesos (9,58 \$) que, según el autor, por lo regular se duplica, dada la integración de las mujeres en el mundo laboral. Las compras de víveres en el “mercado paralelo”, los mercados agropecuarios, la bolsa negra o las tiendas de divisa a precios extremadamente más altos, a los que tienen que acudir los cubanos por el hecho de que los alimentos adquiridos por el sistema de racionamiento de la “libreta” cubren sólo alrededor de la mitad de la demanda de calorías, no aparecen siquiera en el cálculo de Saney. Tampoco enumera el autor los costos para ropa, calzado y otros productos industriales de primera necesidad, para los cuales, en realidad, existe casi un monopolio de las tiendas de divisa (Saney 2004: 34-38).

El sistema político cubano presentado por Saney (capítulo 2), no ostenta ni rastros de elementos autoritarios, sino, al contrario, un superávit democrático frente al modelo de la democracia liberal. El autor juzga la democracia de los países “occidentales” como quimérica por su concepto “formal”, que permite, desde su punto de vista, la persistencia de estructuras económicas y, por ende, de las estructuras de poder que perpetúan las desigualdades y favorecen a las élites de la plutocracia. El ejercicio de los derechos políticos por la ciudadanía en estados constituidos en base de la democracia parlamentaria lo descalifica como un “voting cattle phenomenon” (Saney 2004, pp. 41-46, 87, 88) y lo contrasta con lo que él considera el más alto grado de participación de la población cubana en los asuntos del estado establecida por el régimen del *poder popular*. En su introducción al sistema político cubano, Saney se abstiene de entrar a aquel nivel de detalle que permitiría hacer visible la distribución del poder real en el Estado, y se dedica en lugar de esto a pintar el idilio democrático de una isla convertida en un solo parlamento (Saney 2004, p. 87) y de una sociedad civil cubana “activa y vibrante” (Saney 2004, p. 66). Como máxima expresión de esta sociedad civil viva presenta el aparato de control social de los Comités de Defensa de la Revolución (CDR) e ignora cualquier diferenciación entre las organizaciones de masas del régimen y las de la sociedad civil (haciendo, además, caso omiso de la distinción entre Organizaciones No Gubernamentales (ONG) y Organizaciones No Gubernamentales Organizadas por el Gobierno (ONGOG)).

Es innegable que el régimen e incluso Fidel Castro personalmente todavía pueden contar con un respaldo en la población cubana que con toda prudencia se puede designar como considerable. Bajo las condiciones de un orden político autoritario, este respaldo, sin embargo, es sumamente difícil de tasar. Sólo quien crea en el sistema político cubano como vanguardia de la democracia, dejaría llevarse a deducir, como lo hace Saney, de los resultados de las elecciones para la Asamblea Nacional en 1993 y 1998 un abrumador apoyo popular al régimen del 88% y del 93% respectivamente (Saney 2004, pp. 58-60). Una disidencia que merecería este nombre sin comillas, no aparece en el libro, parece inimaginable sino como fabricado de las estrategias subversivas de los Estados Unidos. Para una comprensión justa del estado de derecho en Cuba (capítulo 4) el autor remite al lector a la dialéctica de la construcción del socialismo y de la defensa de la justicia social bajo condiciones de “un *de facto* estado de guerra” (Saney 2004, p. 150), mientras se une implícitamente al reproche del gobierno cubano, según el cual los reportes de Amnesty International o de Americas Human Rights Watch distorsionan la problemática (Saney 2004, p. 122).

La afirmación central de *Cuba – A Revolution in Motion* es la negativa a todas las reflexiones acerca de un proceso de transición en la isla antillana, la aseveración de que la Revolución Cubana sigue con firmeza su trayectoria no alterada por las medidas políticas adoptadas por el régimen en reacción a la crisis de los años noventa, y la evocación de un futuro socialista en Cuba más allá de la muerte de Fidel Castro. El libro que se anuncia como obra introductoria para estudiantes y para el “lector general” (Saney 2004, p. 2) –y que diferentes académicos (correligionarios) no han dudado en acompañar con sus loas–, expone en su coincidencia total con los discursos emitidos desde las esferas de la dirigencia cubana el carácter de un comunicado oficial. Por ende, se puede calificar, en realidad, como una publicación obsoleta: quien quiera informarse sobre la situación de la Cuba contemporánea, encontrará en ella sólo una visión apologética sin las menores reservas, quien quiera adentrarse en la versión oficial de los acontecimientos en la isla, puede acceder directamente a los respectivos textos cubanos.

Una posibilidad de familiarizarse con el discurso oficial actual en materia política ofrece la antología *Cuba y la lucha por la democracia*. El libro reúne artículos, ponencias y entrevistas de Ricardo Alarcón de Quesada de 1994 hasta 2003. Alarcón, miembro del Buró Político –el cuerpo más importante en la toma de decisiones en el sistema político cubano– pertenece al siempre menos nutrido grupo de hombres en el círculo interior de poder alrededor del *máximo líder*, que todavía participaron en la lucha del M-26-7 contra el régimen de Batista. Ocupó, después del triunfo de la Revolución, la presidencia de la influyente Federación Estudiantil Universitaria y fue, más adelante, en los cargos de embajador ante las Naciones Unidas y de ministro de Relaciones Exteriores por muchos años uno de los más destacados representantes de la política exterior cubana. Desde 1993 es presidente de la Asamblea Nacional. Las intervenciones publicadas en *Cuba y la lucha por la democracia* son explicaciones del sistema político cubano después de la desaparición del campo socialista desde la cúpula del poder. Dignos de leerse son los textos en primer lugar por su carácter testimonial. Las declaraciones de Alarcón ofrecen informaciones sobre el funcionamiento institucional de lo que él presenta como democracia auténtica frente a las democracias formales practicadas en los demás países latinoamericanos, en muchos países europeos y sobre todo en los Estados Unidos, donde bajo los rituales electorales la democracia ha sido desprendida de la participación ciudadana real. Pero la lectura del tomo permite sobre todo un acercamiento a la retórica gubernamental respecto al sistema político en la isla en los contextos internacionales cambiados – retórica no entendida en el sentido coloquial como forma carente de contenido, sino como estrategias para hacer plausible una *causa*.

Ricardo Alarcón ha sido una figura prominente en la realización de las concesiones políticas discretas del régimen a las nuevas condiciones en los años noventa. También en el orden político establecido por la reforma constitucional en 1992, la Asamblea Nacional como poder legislativo sigue siendo, pese a todos sus derechos y funciones adscritos, una institución con relativamente poco peso político. En el sistema cubano caracterizado por un poder *real* restringido de los organismos del Estado frente a la extraordinaria personalización del poder, Alarcón, como presidente de la Asamblea Nacional por lo menos aumentó en estrechos márgenes la efectividad de esta institución. Además buscó revitalizarla mediante un intensificado contacto de los diputados con sus votantes. En la respuesta negativa de la dirigencia cubana a las normas de la democracia representativa, estas formas de intercambio entre electorado y elegidos son un elemento argumentativo clave en la acentuación de lo que se presenta como una participación más intensa y más regular de la ciudadanía cubana en la política estatal. La democracia representativa (“burguesa”) es tildada por Alarcón como un dogma político que se trata de imponer a nivel global junto con su equivalente económico, el neoliberalismo. El presidente de la Asamblea Nacional reivindica el derecho de la nación cubana soberana a un camino propio hacia la realización de un estado democrático. Rechaza el acto electoral (“ceremonial”, Alarcón 2004, p. 134) en un sistema multipartidario como criterio decisivo de la participación democrática. Es el abstencionismo, particularmente en los Estados Unidos y en muchos países europeos, que prueba, según Alarcón, que la fijación de la idea democrática en el modelo liberal de la representatividad no puede reclamar la calidad de la norma universal, un abstencionismo que explica el doctor en filosofía y letras, por supuesto, como consecuencia de una creciente enajenación de los ciudadanos frente a un sistema político, que no permite una participación efectiva y, por ende, excluye la posibi-

lidad de una eliminación de las enormes desigualdades sociales. Reinterpretando la noción consensual de la democracia como proceso continuo, Alarcón postula el sistema político cubano –en camino del establecimiento de una sociedad igualitaria bajo condiciones exteriores adversas– en sus “búsquedas del perfeccionamiento democrático” (Alarcón 2004, p. 165) como más honesto y más cerca del ideal de la democracia. Como autoridades intelectuales en las reflexiones de Alarcón sobre la democracia aparecen sobre todo Platón, Jean-Jacques Rousseau y Hans Kelsen y no Marx o Lenin. En general los textos del presidente de la Asamblea Nacional ponen en evidencia la pérdida de importancia de referencias al marxismo-leninismo en la argumentación del régimen cubano. De manera todavía más marcada que anteriormente han servido como fuentes de legitimación desde principios de los años noventa el nacionalismo y una estrategia de intervención de tradición que coloca el régimen en el punto final de una sucesión histórica de luchas patrióticas del pueblo cubano por su libertad, su soberanía y la justicia social.

El interés académico y periodístico en las transformaciones económicas, sociales y mucho menos políticas en Cuba en los años noventa bajo el lema del “período especial en tiempos de paz” se ha nutrido esencialmente por el interés en la posibilidad de una transición. Las perspectivas son entretrejidas, también por la falta de una diferenciación terminológica unívoca. En la vaguedad de los conceptos, pero más que nada frente a las realidades cubanas, Sönke Widderich se ve obligado en su libro *Die sozialen Auswirkungen des kubanischen Transformationsprozesses* a reducir la noción de la transformación –que ha introducido en el contexto de la investigación de los procesos por los que han pasado las sociedades de Europa del Este después de la caída del muro de Berlín o países latinoamericanos como Chile, Uruguay o Argentina en el desprendimiento de las dictaduras militares (es decir de procesos de transición)– a un alcance más bien corto: designa los cambios de una economía de administración central socialista, integrada en el CAME, a una economía dual, dentro de la cual un segmento persevera en la esfera de la economía planificada, mientras otro se orienta hacia el mercado mundial. Sin embargo, lo que le interesa a Widderich en su estudio, presentado en 2002 como tesis doctoral en el Instituto de Geografía de la Universidad de Kiel, son las consecuencias sociales de la política del régimen cubano desde 1990, no los escenarios del desenlace de las modificaciones en la política económica, ni mucho menos, relacionado con ello, el destino político de la isla. El libro –que tampoco resiste la tentación de la postura de una intervención que pone al descubierto las realidades cubanas detrás de la sólida capa de clichés (Widderich 2002, p. III)– ofrece una vista panorámica de las situaciones sociales bajo las condiciones del “período especial” que se caracteriza por su fundamento empírico notable y por su argumentación sobria y diferenciada.

Widderich enfoca tres áreas centrales: el abastecimiento con alimentos, ropa y otros artículos de necesidad básica; el trabajo y los ingresos; la vivienda. Al problema del limitado acceso a los datos necesarios para un planteamiento como éste –una limitación que tiene, por supuesto, también razones políticas– ha tratado de dar solución mediante la realización sistemática de entrevistas. La representatividad de los resultados del estudio es restringida. Widderich, además, ha limitado su investigación a la ciudad de La Habana. No obstante, *Die sozialen Auswirkungen des kubanischen Transformationsprozesses* proporciona al lector de habla alemana una presentación instructiva del paisaje social de la Cuba contemporánea. El estudio constata un crecimiento de las disparidades en los

ingresos y en el abastecimiento durante el “período especial”. Hogares con bajos ingresos enfrentan dificultades de abastecerse adecuadamente con bienes de necesidad básica. Los ingresos se diversifican, dados la drástica pérdida del poder adquisitivo del peso y el hecho de la imposibilidad de cubrir con los salarios ganados en los empleos del sector estatal los gastos para satisfacer las necesidades básicas. Muy importantes fuentes de ingreso se encuentran fuera del mundo laboral, como las remesas o el dinero ganado con la renta de habitaciones a extranjeros. Tiene lugar un *brain drain* interno hacia los sectores dolarizados de la economía. La productividad del trabajo es baja y representa un serio desafío para una recuperación de la economía nacional. La situación de una considerable parte de la juventud está marcada por la falta de orientación y perspectivas. Los sistemas de educación, de salud y de seguro social, considerados tradicionalmente como los sectores en los cuales la Revolución ha contabilizado sus mayores logros, no han colapsado e incluso han podido seguir garantizando un cierto abastecimiento en los tiempos de la masiva contracción económica. Sin embargo, han sido afectados seriamente por la crisis. El empobrecimiento de considerables partes de la fuerza de trabajo, las inconsistencias entre el status de educación y el status de ingreso, la por lo menos parcial inversión de la pirámide social en la economía dual, en la cual un taxista puede ganar en un sólo día más que un jefe de servicio en todo un mes, señala el autor, con razón, como un potencial significativo de tensiones sociales y un desafío mayor para el régimen cubano. Widderich se limita al análisis. A la discusión de posibles medidas para superar los agobiantes problemas no se adentra. Y el análisis es sólido, solamente respecto a algunos aspectos de la temática se podría desear todavía una mayor minuciosidad¹¹.

Mirar de cerca las relaciones sociales en la Cuba contemporánea se propone también otra publicación alemana reciente. En *Salsa Cubana – Tanz der Geschlechter. Emanzipation und Alltag auf Kuba* el acercamiento a la vida cotidiana cubana se efectúa bajo la perspectiva de las relaciones de género. El libro tiene su origen en un proyecto de investigación de la coordinadora y coautora Miriam Lang que se dedicó al trato social y estatal de la violencia contra mujeres en Cuba. Las diferentes contribuciones, sin embargo, abarcan todo un abanico de aspectos de las políticas y de las relaciones de género: las transformaciones del papel de las mujeres en la sociedad después de 1959 y las drásticas consecuencias que ha tenido sobre el mismo la crisis de los años noventa (la introducción de Miriam Lang); el amor y las cambiantes formas de relaciones familiares y de la vida de pareja “en los tiempos de la diáspora” nueva, económica, ya no la política (Ingrid Kummels); las estructuras familiares en la transformación de los contextos económicos y políticos en Cuba (Patricia Arés Muzio); la homosexualidad (Dalia Acosta Pérez); las situaciones de las mujeres afrocubanas (Daisy Rubiera Castillo); las posibilidades de la represión de la violencia contra las mujeres en el contexto peculiar de la estructura social cubana (Miriam Lang); la nueva prostitución y las reacciones de la sociedad (Sara Más

¹¹ Así, valdría la pena examinar no solamente la inversión de la pirámide de ingresos como consecuencia directa del acceso diferente a la divisa sino también los cambios en las estructuras salariales dentro del sector estatal como efectos indirectos de la dolarización de una parte de la economía. Sorprende, para mencionar otro ejemplo, que la drástica baja de la matrícula universitaria se explica –no sólo por Widderich, hay que subrayarlo– en un sistema económico planificado únicamente con las expectativas de los jóvenes, es decir con la demanda, sin abordar la política educacional del Estado.

Farías); enfoques para un debate sobre la masculinidad en Cuba (una entrevista con Julio César González Pagés); relaciones de género en la literatura cubana desde 1990 (Luisa Campuzano).

Salsa Cubana – Tanz der Geschlechter es un libro bueno. Las dos científicas sociales alemanas y los dos historiadores, las dos periodistas, la psicóloga y la estudiosa literaria cubanos presentan concisas y bien escritas introducciones –recomendables también para un público no especializado– en temas de género, entre ellos varios que en la actualidad en Cuba apenas empiezan a discutirse abiertamente. Mientras, por ejemplo, respecto a la política y al discurso hacia los homosexuales definitivamente no habrá tales tentaciones –particularmente por la evidencia de que el gobierno cubano no se ha cubierto de gloria en este sector de la política social–, temas como la emancipación de las mujeres o la política familiar del estado todavía tienen el potencial de percibirse como oportunidades para la celebración de las conquistas sociales de la revolución. No obstante, con una sola excepción –el artículo de Patricia Arés Muzio– tampoco entre los numerosos textos cubanos hay predisposiciones ideológicas que restringen el beneficio de la lectura. Las contribuciones se caracterizan más bien por una competencia serena, la de Ingrid Kumfels por la gracia con que aborda el tema de las (ganancias de terreno de) lógicas económicas en las relaciones de pareja. En un campo, en el cual se encuentran la programática revolucionaria y la tradición, los mitos políticos y los mitos culturales, el libro ofrece juicios diferenciados sobre avances y fracasos. Los artículos ejemplifican sobre todo las alteraciones que ha vivido la sociedad cubana en los últimos quince años, alteraciones, que han significado para las mujeres no pocos retrocesos respecto a su integración en la vida social. Uno de los cambios positivos que el libro mismo ilustra gracias a su prominente inclusión de trabajos cubanos, es la lentamente creciente posibilidad y disposición de abrir el discurso sobre las relaciones de género *en* Cuba, de discutir en público la todavía sólida, para algunos tal vez sorprendente persistencia de modelos de conducta a pesar de décadas de una política revolucionaria que se ha consagrado a la implementación de cambios profundos en las conciencias y en la vida cotidiana entre los sexos.

La supervivencia del régimen de Fidel Castro después de la acelerada pérdida de las relaciones comerciales ideológicamente privilegiadas con la Unión Soviética y con los países socialistas de Europa del Este dependía de la doble apertura dosificada hacia adentro como hacia afuera. En la política exterior, la reorientación fue más marcada. Cuba tenía que integrarse, por lo menos de manera selectiva, en el mercado mundial capitalista. El pequeño estado caribeño que en el pasado se había permitido la política exterior de una gran potencia¹², se veía forzado a reducir sus ambiciones internacionales. La renuncia cubana a un internacionalismo ofensivo, particularmente de índole militar, facilitó los intentos cubanos de salir de su aislamiento internacional a principios de la década de los noventa. Mientras los estados de la Unión Europea se han vuelto los principales socios económicos de la isla, el régimen castrista ha encontrado sus aliados políticos más importantes en América Latina. Al estudio de las relaciones de Cuba con los demás países del subcontinente desde la ruptura de la bipolaridad geopolítica se dedica Jörg Heldmann en su libro *Die (Re-)Integration Kubas in Lateinamerika? Probleme der*

¹² Véase Jorge I. Domínguez: *To Make a World Safe for Revolution*. Cambridge: Harvard University Press 1989, p. 7.

politischen und ökonomischen Anpassung nach dem Umbruch der Jahre 1989/90. La publicación, proveniente de una tesis de doctorado en Ciencias Políticas presentada en la Universidad de Marburg, Alemania, se divide en tres capítulos mayores, de los cuales el primero narra la historia de Cuba en el contexto internacional antes de la cesura de 1989 y el segundo esboza el desarrollo interior de la isla en los años siguientes. Desgraciadamente el autor no ha concebido estas ciento cincuenta páginas del libro como un fondo histórico para el análisis de la reanimación de las relaciones entre Cuba y los estados de América Latina en los años noventa, sino como el obligatorio ejercicio de poner a disposición de lectores sin mayores conocimientos de la isla antillana las informaciones generales necesarias. Así, el último y central capítulo (de alrededor de noventa páginas), dedicado a los procesos de integración de Cuba en la región latinoamericana, prescinde, a pesar de todo el trabajo preparatorio, de una argumentación histórica. Heldmann se contenta con la descripción de las renovadas relaciones cubanas con los estados del subcontinente y con las varias uniones económicas, entre las cuales enfoca sobre todo la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI).

Para quien quiera familiarizarse con los recientes desarrollos de la política exterior cubana, el estudio tiene un valor informativo en la presentación de hechos, fechas y contextos. El interés analítico del autor, sin embargo, parece limitado. La exploración de las motivaciones de los diferentes actores no se ahonda demasiado, las problemáticas de la integración y de sus posibles formas no se discuten, repercusiones de la revitalización de los lazos con los estados vecinos de América Latina para la política interior cubana no se abordan ni de manera colateral. Heldmann atribuye a Fidel Castro y a sus ministros de Relaciones Exteriores, Roberto Robaina primero y Felipe Pérez Roque después, haber logrado reintegrar a Cuba en el ámbito económico y político latinoamericano y de superar el aislamiento que había marcado la posición de Cuba en el hemisferio después de su exclusión de la Organización de Estados Americanos (OEA) en 1962 y de la proclamación del embargo estadounidense. En un nivel menos general, las valoraciones del libro no convencen siempre. En su escasa fundamentación, el argumento de la tradición caudillista latinoamericana como elemento clave para la comprensión de la política exterior cubana tiene que quedarse en calidad de una aseveración cuestionable. A la interpretación de Heldmann de una primacía de lo económico en la política exterior castrista tampoco se le puede dar la razón. El control político de la apertura económica estratégica y demarcada contradice tal inversión de causa y efecto.

Queda por anunciar en esta rúbrica todavía una publicación de un autor destacado en la discusión académica sobre Cuba. En su nuevo libro *Economía y bienestar social en Cuba a comienzos del siglo XXI*, Carmelo Mesa-Lago, catedrático distinguido emérito de Economía y Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Pittsburgh, reúne seis textos a manera de capítulos, que se ocupan de la actualidad socio-económica en la isla. Introduce el libro presentando en “Medio siglo de políticas económicas y sociales en Cuba socialista: 1959 a 2003” su concepto de una sucesión de ciclos ideológicos en la orientación de la política económica del régimen de Fidel Castro. Según Mesa-Lago, han alternado desde la Revolución ciclos “idealistas” y “pragmatistas”, cada uno con una duración entre cinco y siete años. El quinto ciclo señala como el pragmatista más fuerte: la primera etapa del “período especial” entre 1991 y 1996. Los temores de Castro y del grupo “duro” en la cúpula del poder cubano por un debilitamiento del poder estatal y del régimen al perseguir el curso de descentralización y de apertura hacia mecanismos de

mercado iniciaron finalmente con el ya mencionado discurso de Raúl Castro el sexto y hasta ahora último ciclo, caracterizado por una “paralización o desaceleración de la reforma” (Mesa-Lago 2003, p. 17). Mesa-Lago valora los resultados económicos de ese nuevo cambio como adversos, con la única excepción de una disminución del desempleo en la isla, aunque califica las cifras gubernamentales al respecto como poco fiables. Por su parte, indica un crecimiento “espectacular” de la desigualdad entre 1996 y 2003 (Mesa-Lago 2003, p. 38).

Después de examinar en el capítulo 2, “La economía de crisis, parcial recuperación y estancamiento: 1990 a 2003”, el economista se dedica a las cuestiones de “El bienestar social y la creciente desigualdad” (capítulo 3). A fines de los años ochenta, en una de las sociedades más igualitarias de América Latina, la nueva política económica durante la crisis, particularmente la introducción de un sistema económico paralelo a partir de la legalización del dólar, produjo crecientes desigualdades en Cuba, primero en ingresos y riqueza. Estas desigualdades, por su parte, han repercutido negativamente, por ejemplo, en la productividad y en la estabilidad de la mano de obra o en la matrícula de la educación superior. El autor presenta breves análisis –advirtiendo la notoria dificultad de conseguir datos sobre desigualdades económicas y sociales en Cuba bajo las condiciones reinantes (Mesa-Lago 2003, p. 76)– de las problemáticas de las remesas, de los impuestos, del deterioro y las desigualdades en los servicios sociales –sanidad, educación, pensiones, vivienda–, de las desigualdades entre las diferentes provincias o entre grupos “raciales” (no solamente Mesa-Lago expone cómo la población afrocubana ha sufrido de manera desproporcionada las consecuencias negativas de las transformaciones en el “período especial”; la situación desfavorable de los afrocubanos –y en parte también la reanimación de prejuicios racistas residuales en la sociedad cubana y de prácticas discriminatorias informales– en relación con las alteraciones sociales de los años noventa es reconocida como un tema obligatorio por la gran mayoría de las presentaciones de la Cuba actual).

Mientras un capítulo 4 discute problemas de los indicadores sociales en el caso cubano, particularmente del Índice de Desarrollo Humano (IDH), el capítulo 5 compara los modelos económicos completamente diversos de Cuba, Chile y Costa Rica entre las dos orientaciones fundamentales y contrarias en la promoción del desarrollo: la prioridad del crecimiento económico (con un papel predominante del mercado) y la prioridad de la equidad (con un papel fundamental del Estado). En el análisis de la viabilidad de los tres modelos, el cubano saca –poco sorprendentemente– la peor calificación de Mesa-Lago (respecto a las dificultades, immanentes a cualquier empresa comparativa, del aislamiento de las variables, de su medición y de su ponderación hay que mencionar en este caso, aunque el autor se sostiene en ordenamientos internacionales ya existentes, especialmente el discutible manejo de la cuantificación de los derechos políticos y de las libertades civiles).

Las reformas necesarias para superar las deficiencias en la estructura económica isleña las analiza el académico cubano-americano en la última parte del libro. En términos muy generales propone las siguientes medidas: el acercamiento al mercado; la reestructuración del sistema tributario; transformaciones en los servicios sociales, como, por ejemplo, un incremento de la eficiencia en el sistema de salud y de educación (con la admisión de iniciativas privadas), un aumento de la edad de jubilación a 65 para ambos sexos (de hoy 55 para mujeres y 60 para hombres) y una liberación del mercado de

vivienda; el enfrentamiento de las disparidades raciales; una utilización menos indiscriminada de los recursos para los servicios sociales encauzándolos más hacia la gente realmente necesitada; la obtención de ayuda externa. Con este catálogo contrasta la actualidad diagnosticada de un estancamiento de las reformas económicas. “La posibilidad de tomar la vía china o vietnamita (apoyada por muchos técnicos y economistas cubanos) parece haber quedado descartada, a pesar de que esa ruta ayudaría a aliviar muchos de los severos problemas económicos y sociales que sufre el país” (Mesa-Lago 2003, pp. 176, 177).

Cuba en transición

La “descontextualización” del régimen socialista en Cuba al terminar la penúltima década del siglo XX, su repentino aislamiento internacional y la crisis económica existencial subsiguiente provocaron un agitado debate sobre el nuevo exotismo y el destino de la isla. No siempre el tiempo que ha pasado desde entonces sin que haya llegado “la hora final de Castro”¹³ ha contribuido a un análisis más detenido de las condiciones políticas, sociales, económicas y culturales de los desarrollos en Cuba a corto y mediano plazo, a un mayor esmero en la elaboración de escenarios del futuro de la isla. La socióloga Velia Cecilia Bobes y el historiador Rafael Rojas, ambos radicados en México, han reunido seis intervenciones sobre sociedad y política en la Cuba del “período especial” de académicos destacados que trabajan en centros de investigación e institutos universitarios en los Estados Unidos, México, la República Dominicana y Cuba, y han añadido una contribución propia cada uno. El resultado es un libro, publicado por la editorial mexicana Océano con el título *La transición invisible. Sociedad y cambio político en Cuba*, que es altamente recomendable para quien esté interesado en la discusión sobre la situación actual en Cuba en general, las transformaciones recientes del sistema político en especial y posibles escenarios de cambios relacionados con el paso a la era post-Castro.

Jorge I. Domínguez proporciona una detallada presentación del sistema político cubano con las diferentes instituciones estatales, la estructura del PCC, las organizaciones de masas, las organizaciones civiles, los actores principales en el liderazgo renovado del Estado y del partido, el papel de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y las relaciones exteriores del régimen. Domínguez diagnostica una disminuida capacidad de control sobre la sociedad por parte del gobierno e incluso de Fidel Castro. “Los líderes políticos no podían gobernar [en la década de los noventa] como había sido su costumbre. Fueron forzados a autorizar algunas reformas y permitir otras, aún cuando las desaprobaban. Los cubanos comenzaron a operar en el mercado, legalmente o no, y optaron por explotar nuevas alternativas políticas, religiosas e intelectuales” (Bobes/Rojas 2004, p. 77). Califica la apertura de espacios públicos como “modesta, pero no menos real” (Bobes/Rojas 2004, p. 75). La categorización del régimen cubano en los años noventa como “posttotalitarismo carismático temprano” por Eusebio Mujal-León y Joshua W. Busby es una de

¹³ Entre los augurios con más tirada se encontraba el co-ganador del Premio Pulitzer Andrés Oppenheimer (1992): *La hora final de Castro. La historia secreta detrás de la inminente caída del comunismo en Cuba*. Buenos Aires: Javier Vergara (la versión original en inglés fue publicada en el mismo año).

muchas en la discusión. El análisis al que da lugar, sin embargo, es digno de leerse. Josep M. Colomer sondea a continuación las posibilidades para un proceso de transición “desde arriba” en el marco de la Constitución cubana que data de 1976 y que ha experimentado dos reformas, “una en 1992, con una orientación aperturista, y otra en 2002, con una intención declaradamente continuista”, la cual fijó la irrevocabilidad del socialismo en Cuba (Bobes/Rojas 2004, p. 123). Marifeli Pérez-Stable, por su parte, sitúa la Revolución Cubana en una trayectoria histórica de limitadas experiencias en democracia y soberanía nacional. Medita desde esta contemplación histórica sobre una debilidad del sistema político cubano que explica por su incapacidad de soportar la diversidad, sobre el potencial de violencia en la sociedad cubana actual o sobre las relaciones con los Estados Unidos para las cuales descarta la perspectiva de una próxima distensión – el nacionalismo que atraviesa las zanjias ideológicas, lo califica como “la punta de lanza del statu quo” (Bobes/Rojas 2004: 153).

También la reforma constitucional de 1992 aborda un artículo de Hugo Azcuy, publicado originalmente en 1995. El fallecido investigador cubano vio en aquel entonces la modificación solamente como paso en un proceso más general de cambios en las relaciones económicas, sociales y políticas, señalando la necesidad de futuros ajustes y perfeccionamientos de la “Constitución en gestación” (Bobes/Roja 2004, p. 177), no pensaba, obviamente, en reformas de la naturaleza de las que iban a tener lugar en 2002. Desde Cuba en 1998, Haroldo Dilla Alfonso reflexiona en base de un análisis crítico de los procesos de reajuste en los años noventa sobre un rediseño de una “política socialista que reconozca la existencia de las contradicciones y los conflictos en una sociedad compleja, y provea los mecanismos para sus soluciones de manera democrática en beneficio de la hegemonía popular y la independencia nacional” (Bobes/Roja 2004, p. 196). Rafael Rojas presenta un acercamiento a la relación entre ideología y cultura en Cuba bajo las acomodaciones que han tenido lugar desde principios de los años noventa. El desplazamiento del marxismo-leninismo hacia un discurso intensificado de nacionalismo revolucionario ha producido, según el autor, varios espacios disponibles para posiciones críticas frente al socialismo cubano. Así, por ejemplo, el régimen tiene que perder parte de la legitimación de su control político sobre una producción cultural cercada por la máxima de Castro proclamada en 1961 –“dentro de la Revolución todo, contra la Revolución nada”–, si el canon político de la cultura ya no está dominado por el marxismo-leninismo, sino por el nacionalismo. Por lo demás, el desprendimiento del marxismo-leninismo a favor del discurso nacionalista en el caso cubano no ha conjurado el peligro del anacronismo. La versión esencialista, inmóvil –homogeneizadora, diría Cecilia Leclercq– de la idea de la identidad nacional tiene que restar credibilidad a un discurso oficial que parece ignorar todas las discusiones sobre el concepto de la identidad de por lo menos dos décadas. Las fisuras de “la desconexión entre la retórica del gobierno y los lenguajes de la cultura”, situación inédita en Cuba desde hace cuatro décadas, podrían ofrecer lugares, según el autor, para la formulación de nuevas autonomías desde la sociedad civil (Bobes/Rojas 2004, p. 223).

A las transformaciones en las esferas simbólicas del poder se dedica, en cierta manera, también la contribución concluyente de la coeditora Velia Cecilia Bobes sobre la sociedad civil. Define a la sociedad civil como una esfera de solidaridad y por ende no solamente como un espacio institucional sino también como un espacio moral. Soslaya una discusión más detenida de la naturaleza o de la fuerza de la sociedad civil para esbo-

zar los cambios en sus discursos desde antes de la Revolución hasta los tiempos del “período especial”. En su diagnóstico, la narrativa de la sociedad civil se ha desprendido bajo las condiciones de la crisis de los noventa progresivamente del discurso político y ha elaborado un nuevo “código positivo a partir del éxito económico y la eficiencia de las estrategias de supervivencia asociadas con la crisis” (Bobes/Rojas 2004, p. 243), estableciendo nuevas tolerancias hacia la diferencia y hasta la discrepancia con el proyecto político. Debilitándose los valores colectivistas e igualitaristas del discurso revolucionario se han presentado al mismo tiempo nuevas fuentes de solidaridad y una ampliación de los patrones de la sociedad civil, dando cabida ahora como miembros legítimos también a religiosos, homosexuales, parte de los emigrados, cuentapropistas, etc. Aunque algunos autores del libro afirman la existencia de un proceso de transición en Cuba (y otros hablan de una “transición hacia alguna parte” que no necesariamente tiene que llevar el país a la democracia representativa; Bobes/Rojas 2004, p. 78), la mayoría de ellos se muestra, con razón, cautelosa respecto al empleo del término. La noción de la transición invisible, bajo la cual se han reunido las contribuciones, no parece muy contundente. Los fenómenos de transformación analizados están, evidentemente, al alcance de la vista de los observadores. Y es solamente su resultado visible del establecimiento de un orden democrático que permitiría, más que nada *ex post*, hablar de una transición. Mientras, no parece quedar otra cosa que reflexionar sobre *las perspectivas* de una transición.

En el prólogo de su libro *Kuba unter Castro – Das Dilemma der dreifachen Blockade*, Susanne Gratius se muestra convencida (y se presenta al lector como testigo ocular de su aseveración): Cuba, ya desde hace años, se encuentra en un proceso de transformación económica –de la economía planificada socialista a un “capitalismo salvaje”– y de transición política hacia un pluralismo político, aunque los dirigentes cubanos lo desmientan. En la introducción, la autora declara que el régimen cubano todavía no ha iniciado un cambio de sistema, a pesar de fuertes presiones externas y de la “tercera” (según la notoria periodización de Samuel Huntington) o hasta de una “cuarta ola” de democratizaciones a nivel mundial (Gratius 2003, p. 15). Finalmente, en la presentación más detallada de su planteamiento, el lector puede enterarse de que el interés más general del estudio gira alrededor de la pregunta, por qué en el Estado caribeño más de diez años después de la caída del muro de Berlín no ha tenido lugar una transición o una transformación respectivamente (Gratius 2003, p. 23). La mirada hacia la definición de las categorías no le puede ayudar realmente a quien busca aclaración. Por “transición” la autora comprende el paso de un orden político a otro, de un tipo de régimen a otro; por “transformación” entiende un cambio de sistema más trascendental que no se limita al puro ámbito político, por ejemplo el cambio del socialismo y de la economía planificada hacia la democracia liberal y la economía de mercado. Termina respecto a las dos categorías: “Dado que el caso cubano representa un tipo mezclado, los términos se utilizan [en este trabajo] de manera equivalente” (Gratius 2003, p. 38; cabría añadir la pregunta cómo designaría la autora una estrategia del gobierno cubano de liberalización económica y de un acercamiento decidido hacia la economía de mercado para asegurarse el poder político, la “vía china”). Si Susanne Gratius distingue diferentes niveles de un proceso de transformación o transición en Cuba –¿“desde arriba”, “desde abajo”?–, lo debería detallar y relacionarlos.

El amplio capítulo 1 que proporciona una introducción a la discusión científica sobre procesos de transición y de democratización, le habría ofrecido el espacio suficiente.

Como se acaba de comentar, en la medida en que el gobierno cubano se cierra a la apertura política, “el caso cubano” se opone también a su integración en la investigación prosperante de los procesos de transición. Susanne Gratius, además, habría podido estudiar su tema central sin colocarlo en este campo de reflexión y su marco teórico. “La longevidad inesperada del socialismo tropical” (Gratius 2003, p. 15) se debe tanto a una serie de factores interiores como también a unos factores exteriores, la parcial integración en la economía mundial ha sido uno de ellos. Los estados de la Unión Europea, de América Latina y Canadá, que mantienen más o menos intensas relaciones económicas con la isla, evidentemente han adoptado una política divergente de la estadounidense del embargo. Sin embargo, los estados europeos como los Estados Unidos declaran perseguir las mismas metas con sus cursos opuestos, la democratización del sistema político cubano. Esta contradicción, para Gratius, es corresponsable por un triple bloqueo de la democratización en Cuba, junto con el bloqueo interno y el bloqueo del embargo.

El nutrido capítulo 2 analiza el bloqueo interno de reformas políticas. La política de sanciones de los Estados Unidos es tema del tercer capítulo. Su calificación como un segundo bloqueo para la democratización implica la idea, de que la gran potencia en realidad no está interesada en un cambio político en la isla del enemigo (si fuera solamente por el hecho de que la política del embargo significa para Castro un bienvenido recurso legitimador, debería sumarse más bien a los factores del bloqueo interno), y exactamente esto asevera la autora (Gratius 2003, pp. 230-231). La constatación es apodíctica y reduccionista. No obstante señala elementos claves en la política estadounidense hacia Cuba: la creciente influencia del exilio cubano en la política exterior (entre los cuales los defensores de una política de mano dura contra el régimen de Castro todavía prevalecen) después del fin de la guerra fría y la disminuida significación geopolítica de Cuba, el miedo de una ola incontrolable de migrantes o de una expansión del tráfico de drogas como consecuencias de un derrocamiento del régimen cubano.

El capítulo 4 se dedica a la política de la Unión Europea hacia Cuba que se ha caracterizado por una “condicionalidad democrática”, es decir por la vinculación de la cooperación económica con las demandas por una apertura democrática, mientras los estados europeos a nivel particular por lo regular han perseguido una política de relaciones comerciales sin condiciones democráticas previas (Gratius 2003, p. 291). La promoción de la democracia en Cuba por parte de los Estados Unidos y de la Unión Europea ha sido hasta ahora, en el juicio no solamente de Susanne Gratius, un fracaso. La autora confirma con su extenso análisis su tesis de una relación neutralizadora entre la política de los Estados Unidos hacia Cuba (*hard line*), basándose en sanciones, el apoyo a grupos opositores y la propaganda entre otros, en confrontación con el régimen por un lado, y la política de la Unión Europea (*soft line*) que apuesta con estímulos por una democratización entre la élite autoritaria buscando una liberalización del sistema político sin mayores rupturas desde arriba por el otro lado. Esta divergencia, obviamente, ha ofrecido a la dirigencia cubana la posibilidad de esquivar todavía la crecida presión de la comunidad internacional para democratizar el país. Las políticas estadounidenses y europeas en pro de la democracia en Cuba, por ende, han sido contra-productivas. Aunque la autora discierne signos de un acercamiento entre las dos posiciones, también a ella un consenso para una política conjunta le parece todavía lejos de conseguirse. Entre las dos alternativas, mientras, Gratius califica la estrategia (europea) de buscar el cambio principalmente por medio de relaciones comerciales como definitivamente más eficaz que la estrategia

(estadounidense) de buscar el cambio mediante la presión. El libro deja una impresión ambivalente. Por una parte, no pocos argumentos y conclusiones de la autora son discutibles, otros definitivamente problemáticos, debido también a las incoherencias mencionadas en el dispositivo teórico y metodológico. Además, el texto carga con considerables redundancias. Por otra parte, hay que subrayar que Susanne Gratius aborda en su libro –también derivado de una tesis de doctorado– un tema importante para la comprensión de la situación cubana actual de manera detallada y, en este sentido, muy informativa.

Menos preocupada por el análisis de un posible proceso de transición cubano que por la normatividad del mismo es la antología *Cuba: Políticas económicas para la transición*, publicada por Joaquín P. Pujol en la editorial madrileña Verbum. En 1990, cuando la desintegración de los regímenes del socialismo real existente habían avivado la expectativa de la inminencia de cambios políticos y económicos también en Cuba, economistas cubano-americanos fundaron en los Estados Unidos la Association for the Study of Cuban Economy (ASCE). La ASCE no solamente se define como organización sin fines de lucro, sino también como apolítica, ofreciendo una plataforma para la discusión de la economía cubana. Sin embargo, el consenso constituyente de la Asociación es la visión de la realización de una economía de mercado en tierras cubanas. *Cuba: Políticas económicas para la transición* junta una docena de ponencias preparadas por economistas para reuniones de la ASCE desde su fundación. El objetivo declarado de la organización publicando los ensayos es contribuir a la discusión de las medidas apropiadas para lograr una exitosa transformación del sistema económico *después* de un cambio del régimen político en la isla, aunque algunos artículos ostentan más el carácter de instrucciones que de contribuciones a un debate. Dado que las reflexiones parten de la condición previa de una cesura política en el país, que sienta las bases para una completa reestructuración de la economía en su sentido, el provecho analítico de la lectura respecto a la situación actual de Cuba como respecto a diferentes escenarios del desarrollo en la isla a corto o mediano plazo es muy reducido.

Los artículos –Felipe Pazos: “Problemas económicos de Cuba en el período de transición”; Jorge A. Sanguinety: “El desarrollo de una economía de mercado: el caso de Cuba”; Ernesto Hernández-Catá: “La globalización, la transición y las perspectivas de la economía cubana”; Luis R. Luis: “Lecciones de las privatizaciones en Europa Oriental y América Latina”; Nicolás Rivero: “La política comercial cubana en la transición”; Joseph M. Perry, Louis A. Wood, Jeffrey W. Steagall: “Políticas alternativas para lidiar con el excedente laboral durante la transición en Cuba”; Antonio Gayoso: “El papel de la pequeña y mediana empresa en el futuro de Cuba”; Jorge F. Pérez-López: “Instituciones económicas y financieras que sostengan el mercado”; Ernesto F. Betancourt: “La reforma institucional durante la transición”; Lev M. Freinkman: “El papel de las diásporas en las economías de transición: lecciones de Armenia”; Martha Beatriz Roque Cabello: “La transición en Cuba desde el punto de vista de los economistas independientes dentro de la isla”; Óscar Espinosa Chepe: “Cuba: la crisis se profundiza”– son más informativos respecto al debate sobre las normas de una transición en Cuba, en este caso particularmente respecto a las posiciones que abogan por una vasta liberalización de la economía cubana. Una cierta excepción representan en este sentido las últimas dos contribuciones de economistas disidentes en Cuba. Tanto Martha Beatriz Roque Cabello, fundadora y presidenta del Instituto Cubano de Economistas Independientes, como Óscar Espinosa Chepe, ex-funcionario del Banco Nacional de Cuba (quien había participado también en programas de la estación anticas-

trista Radio Martí), fueron arrestados en la isla en la ola de detenciones que se produjo en marzo de 2003, y condenados en lo sucesivo a 20 años de prisión cada uno.

Ya no son muchos los observadores que parecen considerar seriamente la posibilidad de que Fidel Castro deje el poder mientras se sienta físicamente capaz de ejercerlo, la extraordinaria concentración del poder en su persona crea las condiciones necesarias. Después de quince años de supervivencia política en el adverso “período especial en tiempos de paz”, otras circunstancias que podrían obligarle a renunciar a su liderazgo ya no parecen valer la pena de ser contempladas. Tampoco una amplia transformación del sistema económico, manteniendo intactas o más bien protegiendo las estructuras políticas –y siguiendo las estrategias adoptadas por los dirigentes en China o Vietnam–, se desdibuja como un escenario imaginable bajo el mando del *máximo líder* de la Revolución. No obstante, por la edad de Fidel Castro (nacido en 1926) y por algunos signos de debilitación física, el interés en pronósticos no ha decaído. Formalmente, la sucesión está determinada: el primer vicepresidente del Consejo de Estado, Raúl Castro, encabezará el gobierno de manera interina hasta la elección de un nuevo presidente del mismo Consejo de Estado –la institución más poderosa en el sistema político cubano cuyo presidente es también el jefe de Estado– por la Asamblea Nacional; probablemente la ratificación de Raúl Castro en esta función. Sin embargo, la cesión del poder por Fidel Castro se espera como una cesura para el país. El omnipresente, autoritario, glorificado y vituperado, pero por su habilidad política y su estatura histórica en amplios sectores de la población respetado Castro con su carisma proverbial dejará un vacío. Lo que se trata de entrever son las consecuencias de este vacío para el sistema político.

La tarea emprenden también Edward González y Kevin F. McCarthy en *Cuba after Castro. Legacies, Challenges, and Impediments*, una publicación de la RAND Corporation que se basa también en trabajos de Damián J. Fernández y de Jorge F. Pérez-López. El delgado tomo está destinado no solamente a observadores de los desarrollos en la isla caribeña, sino explícitamente también a los círculos gubernamentales y miembros del Congreso de los Estados Unidos. Los dos analistas del *think tank* norteamericano (Edward González es, además, profesor emérito de la UCLA) se dedican primero a las herencias que el régimen de Castro dejará a su sucesor. Una es el caudillismo, con el cual están relacionadas una política populista (“A case in point is Castro’s ultra-defiant posture toward the United States”; Gonzalez/McCarthy 2004, p. XIV) y una “economía moral”, la otra herencia importante es el totalitarismo. El caudillismo, según los autores, no sólo representa una obvia dificultad para la sucesión por haber establecido la dependencia del sistema político de una figura capaz de llenar el espacio en el centro del poder también con su carisma, mientras al mismo tiempo ha inhibido por décadas sistemáticamente el surgimiento de personalidades con tal alto perfil. También confronta un régimen sucesor con un dilema político-económico: si un nuevo gobierno no continúa una política de “economía moral”, correrá el riesgo de perder respaldo en la población; al mismo tiempo es muy probable que no podrá permitirse la continuación de la política económica si busca una duradera revitalización de la economía. Como legados del totalitarismo, González y McCarthy nombran una sociedad civil en estado embrionario, una población altamente polarizada (con “cuentas abiertas” a saldar) y un alto porcentaje de ciudadanos completamente alienados de la política.

El diagnóstico localiza tres importantes rupturas en la sociedad castrista tardía y las analiza de forma más detenida: primero, una juventud mayoritariamente alienada del

régimen, frustrada por la falta de perspectivas, en un creciente proceso de “desocialización” (Gonzalez/McCarthy 2004, p. 40) por la brecha entre moral privada y moral pública; segundo, la división racial que ha revivido durante el “período especial”; tercero, una estructura demográfica que se parece más a aquellas de los países industrializados que a las de otras sociedades latinoamericanas y caribeñas y que tiene que confrontar un gobierno cubano en el futuro con el problema de financiar con recursos severamente limitados y una fuerza de trabajo disminuyente los servicios sociales para un número ascendente de jubilados. Este último problema está íntimamente relacionado con las deformaciones de la economía centralizada, expuestas en el texto también: la baja productividad de la mano de obra, un sector privado pequeño y reprimido, la corrupción, la falta de diversificación. A las pequeñas y medianas empresas, González y McCarthy asignan un papel central en la transformación de la economía hacia el sistema de mercado. Para la Cuba post-Castro predicen el establecimiento “muy probable” de un régimen sucesor comunista, por lo menos a corto plazo (Gonzalez/McCarthy 2004, p. 115), de una continuidad del aparato de control estatal, de una improbabilidad de reformas fundamentales dentro de este orden, de una agudización de las contradicciones sociales y de una continua alienación de la juventud que hará todavía más difícil la superación de los grandes problemas estructurales.

Como la mayoría de los observadores, González y McCarthy consideran el ejército cubano como un, si no *el* factor político clave en una Cuba después de Fidel Castro. Los Estados Unidos, ésa es su advertencia al *establishment* político nacional, no pueden permitirse que Cuba se vuelva un *failed state*, pese al potencial económico relativamente limitado del pequeño país. La perspectiva de una inmigración incontrolable y las condiciones geográficas propicias para el narcotráfico son los aspectos primordiales que los autores subrayan para explicar la continua importancia geoestratégica de la isla para los Estados Unidos. Cautelosos se muestran los autores en sus recomendaciones respecto a la política de los Estados Unidos frente a Cuba. No se pronuncian abiertamente ni en pro ni en contra del embargo, pero aconsejan una coordinación de los esfuerzos estadounidenses con Canadá y los estados de la Unión Europea para tratar de influenciar en un gobierno sucesor de Fidel Castro –incluso por medio del apoyo de las fuerzas emergentes de la sociedad civil cubana– de respetar los derechos humanos, de promover la democratización en el país y de liberalizar la economía. Para facilitar la transición, González y McCarthy desaconsejan al gobierno estadounidense tomar posiciones apropiadas para inflamar el nacionalismo cubano, haciendo así el juego a los “duros” en Cuba. Pese a una posición nada imparcial frente al régimen de Castro (“Cuba’s ‘lord of misrule’”; Gonzalez/McCarthy 2004, p. 119) y algunos sonidos estridentes (como la expresión del “apartheid médico” para caracterizar el sistema de salud cubano actual; Gonzalez/McCarthy 2004, p. 19), *Cuba after Castro* ofrece en un formato compacto también sustancia analítica respecto a los problemas que Cuba tendrá que encarar en caso de un cambio político cercano.

Con cierta frecuencia se puede encontrar en la literatura sobre la Cuba contemporánea la metáfora del laboratorio. Se refiere a la idea de un carácter experimental de la política del régimen castrista e insinúa también la existencia de condiciones de un relativo aislamiento en la realización de la misma. La adecuación de la imagen se puede medir en dos dimensiones. Un criterio “ético” señala la diferencia existencial de las experiencias entre quienes están obligados a vivirlo y quienes pueden observarlo. Desde este

punto de vista se sugiere un empleo cauto de la imagen que puede parecer apropiado en casos de claras evidencias de que los gobernantes mismos conciben su propia política como experimento social. El otro criterio se orienta en el valor “heurístico” de la metáfora, en su contribución a una mejor comprensión del fenómeno. Por su sentido propio el término del laboratorio transfiere del campo de las ciencias naturales a una realidad socio-política también la idea de la posibilidad de establecer relaciones unívocas entre causas y efectos en el dispositivo experimental. No pocos de los ejercicios en la elaboración de modelos y escenarios para el porvenir de la mayor de las Antillas llevados a cabo desde las ciencias sociales o desde el ensayo político en los últimos quince años no han logrado convencer con el sentido necesario por la complejidad de los procesos históricos. La invitación de Marifeli Pérez-Stable a los que se dedican a trazar los futuros de Cuba es digna de ser tomada en cuenta: “siempre se debe mantener una dosis significativa de humildad” (Bobes/Rojas 2004, p. 151).

Referencias bibliográficas

- Alarcón de Quesada, Ricardo: *Cuba y la lucha por la democracia*. Hondarribia: Editorial Hiru 2004. 400 páginas.
- Bobes, Velia Cecilia/Rojas, Rafael (eds.): *La transición invisible. Sociedad y cambio político en Cuba*. México, D.F.: Océano 2004. 292 páginas.
- Duno Gottberg, Luis: *Solventando las diferencias. La ideología del mestizaje en Cuba*. Madrid/Frankfurt a.M.: Iberoamericana/Vervuert (Colección Nexos y Diferencias, 9) 2003. 237 páginas.
- Fonte, Irene: *La nación cubana y Estados Unidos. Un estudio del discurso periodístico (1906-1921)*. México, D.F.: El Colegio de México/Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa (Serie Estudios de lingüística y literatura, 45) 2002. 276 páginas. Incluye CD.
- Fornés-Bonvía Dolz, Leopoldo: *Cuba: Cronología. Cinco Siglos de Historia, Política y Cultura*. Madrid: Verbum 2003. 337 páginas.
- Gonzalez, Edward/McCarthy, Kevin F.: *Cuba after Castro: Legacies, Challenges, and Impediments*. Santa Monica: RAND 2004. XXV + 126 páginas.
- Gratius, Susanne: *Kuba unter Castro – Das Dilemma der dreifachen Blockade. Die kontraproduktive Politik der “Demokratieförderung” seitens der USA und der EU*. Opladen: Leske + Budrich (Fokus Lateinamerika, 2) 2003. 378 páginas.
- Grote, Bettina: *Zwischen Heldenkult und Marginalisierung. Kleinbauern und Genossenschaften in Kuba 1940-1963*. Norderstedt: Books on Demand 2004. 305 páginas.
- Hatzky, Christine: *Julio Antonio Mella (1903-1929). Eine Biografie*. Frankfurt a.M.: Vervuert (Forum Ibero-Americanum, Acta Coloniensis, 2) 2004. 436 páginas.
- Heldmann, Jörg: *Die (Re-)Integration Kubas in Lateinamerika? Probleme der politischen und ökonomischen Anpassung nach dem Umbruch der Jahre 1989/90*. Hamburg: Verlag Dr. Kovač (Schriftenreihe zur internationalen Politik, 10) 2004. X, 299 páginas.
- Lang, Miriam (ed.): *Salsa Cubana – Tanz der Geschlechter. Emanzipation und Alltag auf Kuba*. Hamburg: Konkret (Konkret Texte, 37) 2004. 143 páginas.
- Leclercq, Cécile: *El lagarto en busca de una identidad. Cuba: identidad nacional y mestizaje*. Madrid/Frankfurt a.M.: Iberoamericana/Vervuert 2004. 543 páginas.
- Lievesley, Geraldine: *The Cuban Revolution. Past, Present and Future Perspectives*. Basingstoke: Palgrave Macmillan 2004. VIII + 227 páginas.
- Mesa-Lago, Carmelo: *Economía y bienestar social en Cuba a comienzos del siglo XXI*. Madrid: Colibrí 2003. 210 páginas.

-
- Pujol, Joaquín P. (ed.): *Cuba: Políticas económicas para la transición*. Madrid: Verbum 2004. 292 páginas.
- Saney, Isaac: *Cuba: A Revolution in Motion*. Black Point/London: Fernwood Publishing/Zed Books 2004. VIII + 240 páginas.
- Widderich, Sönke: *Die sozialen Auswirkungen des kubanischen Transformationsprozesses*. Kiel: Geographisches Institut der Universität Kiel (Kieler Geographische Schriften, 106) 2002. XII + 185 páginas.